EL PADRE MABUTI

POR

Elena Sánchez de Arrojo.

CON CENSURA ECLESIÁSTICA



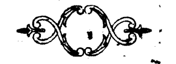
MADRID
IMPRENTA DE CLETO VALLINAS
LUISA FERNANDA, 5.

EL PADRE MABUTI

POR

Elena Sánchez de Arrojo.

CON CENSURA ECLESIÁSTICA



MADRID
IMPRENTA DE CLETO VALLINAS
LUISA FERNANDA, 5.

AL LECTOR

Un día, la señora doña Elena Sánchez, a quien yo sólo conocía como señora piadosa y devota del Rosario, a cuyas juntas asistía con puntualidad e interés, me dijo un poco vacilante y temerosa: «Yo tengo allí escritas unas cosillas y quisiera mucho que usted las leyese y me diera sobre ellas su parecer». Traté de excusarme como pude; pero ella insistió. «Sí, sí; yo quiero que usted las vea y luego me diga con entera sinceridad—ya sabe que soy muy franca y quiero que así lo sean conmigo—lo que le parezca.

Días más tarde yo había leído las cosilias *con creciente interés, y en algunos momentos con verdadero entusiasmo y verdadera emoción. Así, como suena. Y en cuanto volví a ver a doña Elena le dije con aire decidido: Todo eso hay que publicarlo.*

Pasó algún tiempo, porque doña Elena vacilaba; le seguía pareciendo mucho eso de lanzarse a la publicidad como escritora. Yo en cambio seguía lamentando que no se hubiera lanzado mucho antes. Al fin llegó a decirme: «Vaya, si usted me hace un pró-

PRÓLOGO

—Y a mí ¿quién me presenta? Porque si el prólogo tiene por fin dar al autor de un libro tarjeta de entrada y localidad en el concierto de las Letras, entiendo que quien la da, debe ser dentro conocido; y a mí, ni de paso en semejante concierto me conocen.

Esto pensé, cuando a la mesa sentado vi delante unas cuartillas blancas esperando los borrones de una pluma, que por dulce violencia en la mano diestra me colocaron, diciéndome: Anda, escribe un prólogo para ese libro...

—Pero, y a mí ¿quién me presenta?

—Ea, basta; te callas y escribes...

Y como es voz que sabe poner suavidad de cariño en la intransigencia de sus mandatos, bajé mis ojos, cedí obediente, mojé la pluma y... allá vá el prólogo:

Doña Elena Sánchez de Arrojo, ha compuesto lindamente un librito de amena lectura, donde se retrata su alma noble como en la superficie limpia de un

cristal. He leído sus páginas una tras otra con interés siempre creciente; y quiero aquí dejar en breves letras mis impresiones desgranadas. Creí yo que sería más difícil escribir un prólogo. No lo es; y bien lo veo por el libro que tengo delante. Al doblar la última de sus hojas y cerrar su lectura, sentí la tentación de ser su prologuista, contra lo que pensé cuando escribir el prólogo me ordenaron. Así son las cosas, y es que yo entonces esquivaba verme en el aprieto de presentar en la república del arte la obrita de la señora Sánchez de Arrojo, porque no he conseguido aún domiciliarme allí; pero ahora que las bellezas del libro no se me ocultan, comprendo que mi deber sólo está en iniciar los primeros aplausos.

Me acuerdo que un día yo aplaudí algo de esto por separado, sin pensar ni de lejos que lo había con el tiempo junto de aplaudir.

En la redacción de «Ciencia Tomista», su egregio Director, mi entrañable amigo el P. Menéndez-Reigada me leyó en una feliz velada de invierno esa preciosidad de acuarela que detrás va con el título de «A mi canario» y la espeluznante narración de «En el pecado... la penitencia». ¡Vaya lo mucho que me gustó y lo que a mis anchas luego lo comenté! Adiviné por aquello primero de «A mi canario» la originalidad de una pluma que moja en el corazón sus puntos para escribir. Pregunté de quién era y lo supe. Luego corriendo los meses una tarde me presentaron a la escritora y conocí al saludarla de lo que su ingenio fecundo es capaz. Lleva vivido tanto quizá como sufrido; y bien se sabe que los yunques

de sufrir son mesas de escribir y el corazón mártir, siempre resulta poeta....

Juzgar no sé, sólo aprendí a sentir. Por eso no imagino lo que un minucioso análisis crítico daría del libro, si a un laboratorio de arte fuese llevado. El hilo de agua que desprendido del cauce por entre los chinarros y musgo serpentea no está del todo limpio, que siempre algo de polvo en su viaje arrastra... Tales achaques son del terreno que cruza, no de la fuente de donde mana. Digo, que a lo más esto pudiera la crítica dar del libro de la señora Sánchez de Arrojo. Los pensamientos brotando de su pura fuente, bellos y castos son, como cumple al arte para quien viven. No se yo si en su forma, sin perder hermosura, llevan algo de polvo por el medio ambiente en que se desarrollaron. Poquito será si es que lo tienen. Me refiero al gusto que preside las composiciones. Yo por mí sé decir que algo advierto y es, que falta la homogeneidad literaria en el volumen fabricado como de retazos, bellísimos ellos, pero al fin retazos. Esto no es defecto, ni por sueño; será a lo más, un mal acuerdo de publicación. Se advierte a simple vista en cada trabajo de los que integran el total de la obra una diversa orientación dentro del mismo estilo, un nuevo tono dentro del mismo compás, una diversidad estética dentro de la unidad literaria. Diríase que de una sola maceta, nacieron claveles, alelíes, violetas y rosas. Eso es todo.

Bien se vé que la autora es humilde y en vano trata de ocultar los dones que del cielo recibió, contentándose con ofrecer al público de las letras un libro

de *miscelánea*. ¿Por qué no se presenta *novelista?* Pesa esto más en el platillo del arte; y a fe que a la señora Sánchez Arrojo facultades no la faltan. Leed «El Padre Mabuti» y contadme luego primores de la pluma que lo trazó. ¿Cómo no así? Es un boceto de novela que merece publicarse aparte formando tomo. Basta él para inmortalizar un estilo. De todo tiene: geografía, historia, filosofía, moral... todo desarrollado en un ambiente literario hermoso. Es un estudio de Filipinas documentado y preciso, donde sin pretenderlo (y aquí está el gran mérito), la escritora nos pone al tanto de la vida de raza en el Archipiélago, disponiendo así el teatro para la escena trágicamente sublime, que se va en sus términos a representar. Todo es allí oportuno y natural, sin violencia traído, sin artificio preparado. La claridad retórica está en poner los asuntos fáciles de hacer a quien los lee, virtud de que se muestra ufana la escritora en «El Padre Mabuti». Fuera de la parte descriptiva y del fondo moral, entra en la novelita la dulce poesía por arrobas. ¡Qué Graciella tan ideal! Y ¡qué Judit tan repugnante! Y ¡qué Carlos tan simpático! Tiene verdaderas situaciones dramáticas de una sublimidad conmovedora. La muerte de Graciella merece los honores de un pincel que gráficamente la eternice. Llora quien por ella sus ojos pase. La fuerza imaginativa lo envuelve todo. El pensamiento tiene su clase final, los amores castos su cifra, los sueños felices su broche de oro, la inocencia de Graciella su apoteosis... ¡Bello, bellísimo todo...! Luego el pesar, el gusano que muerde, la traición

que mata, la locura pasional... todo al revés de antes para castigo de la soberbia Judit y transformación radical del atolondrado Carlos, ¡el Padre Mabuti! que da su bastón de médico por el fajín de jesuíta... ¿Para qué voy a deciros yo por anticipado lo que brillantemente su autora cuenta con lujo de preciosos detalles, donde se columbra el genio de su alma nacida para libar néctar de flores y fabricar panales de miel?

Por analogía yo hubiese clasificado en tres grupos la obrita: 1.º «El Padre Mabuti», novela descriptiva, filosófica-moral. 2.º «¡Hágase tu voluutad!» y «A mi Canario» fantasías o como se dice hoy, «acuarelas» poéticas. 3.º «Me quiero casar», «Un ingrato a la ciencia» y «En el pecado... la penitencia». Misceláneas. Así en tres grupos el tomo queda completo; sin esta clasificación prévia es mucha la desilusión del que lee al caer de un trabajo en otro diferente, bellos todos, pero de carácter distinto.

Por descontado ha de tener su autora, que será el libro bien recibido. Merece serlo. Lleva dotes singulares y espontaneidades acabadas y rasgos atrevidos de un arte digno por lo cristiano y por lo español. Lástima grande que no se coticen las obras en el comercio de las Letras por su valor intrínseco, sino por la nombradía de los autores que las rubrican. Sabed que, según frase antigua, «los ingenios duermen muchas veces en la sombra» y no vale consagrar de memoria escritores, sino atender más bien a lo que se escribe, por más que no se conozca ni de paso a quien lo escribió.

Yo, por lo que a mí toca, os presento esta preciosa margarita encontrada en el campo de la literatura. A los cultivadores del Arte os corresponde hacer lo que el mercader del Evangelio: *Abiit, vendit omnia quœ habuit et emit eam*. Se fué, vendió lo que tenía y la compró. Tanto, no me atrevo a deciros. Si vender lo que tenéis no os parece, bien está... Pero, gastad la última moneda en adquirir la margarita del libro que os ofrezco. Y aplaudid sin reservas la labor de moralidad y saneamiento que representa este libro en el campo social.

¡Bienvenido sea!

RAFAEL SANZ Y DE DIEGO, PRESBÍTERO
Terciario Dominico.

A la colonia filipina.

Si el largo tiempo de mi permanencia en el hermoso país filipino, donde pasé los más venturosos años de mi vida, entre amigos cariñosos y consecuentes, tanto como jamás volví a tener, no justificaran mi cariño y mis recuerdos, bastaría para mantenerlos en mi alma pensar que allí nacieron mis tres hijos, y allí dejé enterrado, en el hermoso templo de S. Agustín, a mi marido.

Quise, en este pobre cuento mío, enlazar con la trágica historia de un Religioso y el recuerdo de un moro joloano sentenciado a muerte, a quien asistí en sus últimos momentos, algunos otros de las costumbres de aquel país para mí tan simpático, para mí tan querido...

Tejidos van, historia y recuerdos con la inhabilidad mía, pero tejidos fueron para ofrendarlos modestamente como testimonio de cariño a los filipinos, paisanos de mis hijos, y a cuya benevolencia se encomienda

La Autora.

EL PADRE MABUTI

Por el año 18... recién llegado yo a Filipinas, discurría una tarde por el paseo de la Marina, de la Leal y Valiente villa de Zamboanga, acompañado de un excelente amigo de mi padre que llevaba quince años de residencia en la localidad.

En su calidad de *matandá* (1) y en la mía de *bago* (2) a él le gustaba hablarme de usos, costumbres y personas del país, y a mí escucharle e instruirme.

Ibamos bordeando «la zanja» arroyo que atraviesa de un lado a otro el pueblo y cuyas abundantes y fresquísimas aguas pasan antes por espesos bosques de zarzaparrilla, por lo cual los indios las atribuyen virtudes salutíferas.

Contemplábamos a nuestra izquierda el bello azul del mar y en la línea del horizonte el verdeguear de la isla mora de Santa Cruz.

Muy cerca de ella estaban ancladas las goletas de guerra «Circe» y «Santa Lucía» y el cañonero

(1) Antiguo del país.
(2) Nuevo, joven, recién llegado.

«Camarines» meciéndose blandamente sobre las aguas, no siempre tranquilas, de aquella inmensa bahía. Más cerca de la playa el vapor correo «Pasig» se disponía a zarpar con rumbo a Cottabato. La brisa del mar traía a nuestros oídos claramente el rumor de la faena. El crujir de las cadenas del codaste, el pito del contramaestre dando órdenes para levar anclas y hasta las voces de los marineros que para aunar sus esfuerzos canturreaban ¡A... a... a... isa! ¡A... a... a... isa!

Varios trabajadores regresaban del *tajo* de la Fuerza, cantando muy acordes (porque el indio en general tiene muy buen oído) el himno de Zamboanga que compuso el inspirado vate D. César Tournelle, entusiasta de aquel bello país; himno que nunca olvida el Zamboangueño:

«Bajo un cielo de azul transparente
Sobre un suelo de eterno verdor,
Vive un pueblo leal y valiente
Digno hermano del pueblo español».

....

Las voces de los indios que cantan el himno de Zamboanga se alejan poco a poco. La distancia las va debilitando y confundiendo con el sonido de las mansas olas, que vienen a morir sobre la playa, semejando el susurro que produce una pieza de seda al desdoblarse.

Terminó la faena en el vapor correo que ya se aleja silenciosamente, dejando a popa una estela de blanca espuma sobre el azul del mar y un penacho

de negro humo bajo el azul del cielo. Aquél atardecer, huérfano de crepúsculo, propio de aquellos climas, con su silencio augusto, ya solo interrumpido por el crujir de nuestras propias pisadas sobre la arena, nos envolvía en una nube de melancolía. Hacía rato que marchábamos sin hablar, entregados seguramente al recuerdo de la patria, que cuanto más lejana parece más amada. De pronto una nube negra pasó sobre nuestras frentes y en la mía recibí el choque de algo frío y espeluznante.

—Es una bandada de *paníques* (1) dijo mi viejo amigo; vienen huyendo de las perdigonadas de nuestro amigo Infante, el insaciable cazador, que sale todas las tardes con su escopeta a perseguirlos y que ya ha reunido varios cientos de sus pieles sedosas y finísimas, alguna del tamaño de la de una liebre, con las cuales hará espléndidos abrigos, si alguna vez regresa a la Península.

—Al cabo de los años que lleva de país, acaso ya no sienta la nostalgia del suyo.

—Al contrario, él como yo y como todos los *aplatanados* (2) suspiramos sin cesar por España. Los lazos de afección o de interés que nos atan a este suelo no debilitan el amor a la tierruca; al contrario, cada día formamos nuevos planes y construímos nuevos «castillos en España» como dicen los franceses, con frase muy apropiada en este caso, porque es en España, ¡siempre en nuestra España!

(1) Especie de murciélagos.

(2) Se llama así a los que por llevar mucho tiempo de país adoptan sus costumbres y su especial indolencia.

donde edifica nuestra imaginación los castillos donde queremos se cobije nuestra vejez.

Hablando de este modo habíamos atravesado la población pasando por la casa de Mariano Fortis, por la del chino Divas, a cuya puerta sentados en butacas de bejuco (1) varios marineros de la dotación de los barcos de guerra anclados en el puerto reían las ocurrencias del Comandante de la «Circe» que charlaba sin cesar mientras bebía un *chinguirito* (2); por la Escolta, llena de comercios de chinos, que esperando compradores, a las puertas de sus tiendas, en cuclillas sobre sus altos y cuadrados taburetes de madera, nos saludaban al pasar, con sus melosos y atiplados «*Mueno lía, señolía ¿compla lópa o cúchelia?* (3).

En la tienda de Spalding, descansamos un rato para continuar nuestro paseo, siguiendo la costumbre de todos los que dan «la vuelta grande». Era la hora de la cerveza y varios castilas (4) la tomaban, mientras discutían sobre las últimas noticias de Manila o de España o comentaban las inagotables fechorías de los batas. (5).

—Vean ustedes, decía el Administrador de Hacienda, un atildado joven casi tan *bago* como yo en el país, vean ustedes la última atrocidad que me ha hecho el platero... Y mostraba el puño de su roten.

(1) Junco.

(2) Copa de aguardiente.

(3) Bisutería y demás efectos que en Europa se venden en las tiendas de sedas ó mercerías.

(4) Españoles.

(5) Criados.

—Hombre, le contestó un Comandante de bigotes grises, recortados, que parecían un cepillo de dientes—, a cualquier cosa llama usted *atrocidad.* Un puño muy bonito y muy bien cincelado, con unas iniciales enlazadas de muy buen gusto.

—¡Pero fíjese usted hombre de Dios! ¿Que iniciales son esas?

—Una V. y una M.

—Justo... y yo me llamo José Colmenares.

—¡Es verdad! ¿Y cómo es eso? ¿va usted a regalarlo?

—No señor, ¡vera usted! El Comandante de Ingenieros D. Vicente Mezquita, tiene un bastón precioso y a mí se me antojó tener uno lo mismo. Me ponderaron la habilidad del maestro Goyo (1) y pidiendo a Mezquita el bastón para que lo copiaran, se lo llevé al artífice y le encargué uno igual, explicándole mi deseo y dejándole mi tarjeta para que supiera como me llamaba. Varias veces le repetí que fuese su trabajo igual al que hizo para el Sr. Mezquita... ¡y en efecto! tan igual me lo hizo que hasta las letras copió exactamente y no hubo forma de convencerle de su error... ¡Es *parejo* (2) Señor!... ¡Parejo mismo! (3) Y por no romperle la caña en las costillas he cargado con él.

—Eso no es nada, dijo el Comandante, una vez dí yo a mi asistente una pieza de rayadillo para que me hiciera pantalones y como muestra o patrón le

(1) Gregorio.
(2) Igual.
(3) Exacto.

dí uno que usaba en la oficina y le dije «parejo a este ¿ah?» Pocos días después me entregaba tres pares de pantalones perfectamente hechos, exactos al modelo... Tan exactos, que en la pernera izquierda de cada uno de ellos se destacaba una soberbia mancha de tinta igual a la que, por un descuido mío, me había inutilizado el pantalón que usaba en la oficina.

Todos soltamos la carcajada y yo asombrado pregunté a mi mentor:

—¿Pero es eso posible?

—¡Y tan posible!

—¿Y ese asistente que hace pantalones?...

—El indio lo hace todo, o mejor dicho lo imita todo. Pero es preciso sabérselo mandar. Si usted pregunta a un indio ¿sabes esto o lo otro? indefectiblemente le contesta —«No sabe señor» Pero si usted le dice ¡haz esto o aquello! ¿ah?... El ¿ah?... es indispensable en estos casos, el indio cose y plancha, guisa, borda, guía un coche, almohaza los caballos, pesca, siembra, limpia la casa y sirve hasta de ama de cría. Y si se trata de copiar o imitar ¡ya lo ha oído usted! la copia es tan exacta que hasta copia las manchas y los rotos, y se queda tan fresco diciendo si se le reconviene ¡Abá! (1) parejo mismo!

—De suerte que estos *batas* son una enciclopedia.

—Sí señor. Con tal que se les sepa manejar. Ante todo le aconsejo que no distinga jamás con preferencia a ninguno de sus sirvientes. La vanidad es

(1) Exclamación de asombro que no tiene traducción. ¡Abá! Fulano se ha muerto. ¿Resucitó? pues ¡Abá!

una de las pasiones que se apodera más fácilmente de la fantasía del indio y esto les lleva a ser descuidados, soberbios, pagados de sí mismos y déspotas con aquéllos que no reciben de sus superiores las atenciones que ellos. Una benevolencia exagerada, una prueba repetida y constante de consideración o de confianza, da pie al criado filipino para desarrollar sus malas cualidades.

«Si ve que el amo se muestra débil abusa de él hasta el extremo, ha escrito el Padre Buseta, pero si halla una dignidad severa se deja poner en el cepo, y sin murmurar iría hasta el suplicio.»

El amo no debe descender nunca de cierto elevado pedestal, si quiere hacerse servir bien. El verdadero tacto del amo consiste en tratar a toda su servidumbre de la misma manera y en saber conservar una distancia siempre igual, entre su persona y sus criados, teniendo especialísimo cuidado en ocultarles sus debilidades, sus defectos, sus aprensiones o ridiculeces, porque el indio las penetra pronto y se burla o abusa de ellas. Muchos malos comportamientos, muchos robos domésticos, muchas malas acciones, que no se explican al pronto, porque se hallan en contradicción con otros rasgos buenos, son debidos al exceso de confianza que se ha depositado en un sirviente Un criado. indio debe respirar siempre una atmósfera de respeto y hasta de temor a su amo.

—Pues digo a usted que sería preciso estudiar un cursillo de diplomacia especial antes de embarcarse para el archipiélago.

—Muy conveniente hubiera sido eso, desde hace muchos años, y muchos disgustos y muy transcendentales pudo evitar el que cuantos hubieran venido a este país, especialmente los constituídos en autoridad, se hubiesen tomado el trabajo de estudiar a conciencia la manera especialísima de ser del indio, niño grande, necesitado aún de tutela, no hay duda, pero de una tutela muy discreta, bajo la cual se hubieran corregido muchos de sus defectos, desarrollado sus buenas cualidades morales, que unos y otras no hay raza ni individuo que no tenga, y cultivado y estimulado sus especiales aptitudes para las artes imitativas, que bien encauzadas, podrían ser venero inagotable de riqueza.

—Para eso, acaso sería conveniente proceder con la masa del pueblo, como usted dice que hay que proceder individualmente con la servidumbre, y generalizar esos consejos que usted acaba de darme, referentes a ella. Incluso el modo de mandar, que me ha chocado mucho, no preguntando si sabe esto o lo otro, ni si ama o desecha esto o aquello, sino presuponiendo. desde luego, la aptitud necesaria y *ordenando...*, y sin que falte el consabido ¿ah?, con su correspondiente interrogación ¿eh?

—Sí, y hasta se podría emplear el ¿ah? y el ¿eh? como el célebre párroco de Tibi lo empleaba en su provecho.

—¡Un cuento! Venga, venga de ahí. Ya sabe usted cuanto me gustan.

—No es cuento, es sucedido. Ya sabe usted que en el interior del Archipiélago no hay fondas, ni posa-

das, ni hasta ahora han hecho falta. Cuando llega un europeo a un pueblo, de tránsito o de asiento, por de pronto va a parar a la casa real (1), si es en la cabecera; al convento, en los pueblos; al Tribunal o casa del Gobernadorcillo, en ausencia del párroco; y a la del principal del pueblo, en las *visitas* o poblados pequeños. Por unos y otros es bien recibido y agasajado; pero, naturalmente, unos y otros tienen, han tenido y tendrán sus preferencias.

Así, el párroco de Tíbi, cuando llegaba un huésped, lo primero que le ofrecía era el consabido chocolate. Llamaba al *bata* y si el huésped no era *persona grata*, decía: «Chocolate para el señor, ¿ah?..., y también para mí ¿eh?... Y el avispado *bata* servía poco después a su amo una taza de chocolate *e*...speso, y al pobre huésped un chocolate *a*...guado de despide amigos.

—¡Y no eran pocos chocolates aguados los que hubieran sido precisos para alejar de aquí huéspedes perniciosos!

Habíamos dado fin a nuestro bock y continuamos nuestro paseo. Fuera del pueblo, ya cerca del barrio moro de Magay, casi todo formado por casitas de nipa, suspendidas de los árboles como nidos de pájaros, un sacerdote se cruzó con nosotros.

—Es el P. Mabuti, me dijo mi mentor, después de saludarle con afectuoso respeto.

—¿El P. Mabuti?

---

(1) Morada del Gobernador civil o militar, o del Alcalde mayor, autoridad que en aquel tiempo asumía los cargos de Gobernador civil y Juez de primera instancia.

—Sí, *Mabuti,* en tagaloc significa *bueno*. Claro, que ese no es su verdadero nombre, pero los naturales le llaman siempre así hace mucho tiempo, y yo creo que hasta él mismo ha olvidado ya el suyo verdadero. Y a fe que el apodo le cuadra a maravilla. Es más que bueno, ¡es santo! Su influencia bienhechora se ha hecho sentir en las costumbres de este pueblo, bastante relajadas. En el confesonario, en los sermones y pláticas frecuentes, en sus correcciones y exhortaciones particulares, adoctrinando a los niños y a los adultos, él ha ido poco a poco enseñando el buen camino. Y como todo lo hace con dulzura, con amor, con exquisito tacto, y si no tiene siempre todo el dinero que es preciso para remediar las necesidades de esta gente, que no son muchas, porque el indio es muy sobrio, nunca le faltan buenos consejos y soluciones para todo; se ha hecho de tal manera dueño del corazón de todos, que no hay asunto que no se le consulte, discordia que no apacigüe, odio que no temple, ni pleito, desavenencia o rencilla, que él no dirima paternalmente. Incansable es su misión, trabaja día y noche. El engalana la Iglesia, antes destartalada y ahora adornada con exquisito gusto, toca el armonium (órgano no hay aún en esta villa), pinta, dora, restaura. No descansa un momento. Yo creo que no duerme. De noche, aun a altas horas, se ve brillar la luz en la ventana de la celda del buen P. Mabuti. Allí prepara sus sermones, escribe sus libros, hace el balance de sus cuentas y dibuja sus planos.

—¿También eso?

—Pues ya lo creo. Y dirije las obras como el mejor arquitecto. Las iglesias de Tetuán y de Santa María son obra suya. Pero lo que le da mayor prestigio entre los naturales, y aun más si éstos son moros, es el ejercer entre ellos su antigua profesión, la medicina, curando las heridas que en sus luchas se causan unos a otros, o las enfermedades de la piel, que tienen llenos de lamparones a casi todos esos pobres diablos.

—¿Pobres diablos? No los creo yo tales, sino bravos y fuertes como pocos.

—En efecto, lo son, y líbrele a usted Dios de hallarse frente a ellos, sobre todo si se trata de un juramentado.

—¿Pero también aquí se juramentan?

—Lo mismo que en Joló y Cottabato, aunque con menos frecuencia. No hace mucho que un moro de Santa Cruz desembarcó en la playa, muy cerca de la Fuerza. Venía solo en una *binta* (1) vestido de blanco, como todos los que se juramentan, lo que quiere decir que se obligan a morir matando cristianos, mientras les quede aliento, seguros de que, muriendo así, van derechitos a los brazos de las huríes del paraíso de Mahoma. Armado hasta los dientes, en una mano el flamígero *cris* (2), en la otra, un *campilan* (3) bien adornado con crines de caballo, y

(1) Especie de piragua hecha con un gran tronco de árbol, a ambos lados unos arcos de caña, llamados "balangas,, hacen casi imposible que dé la voltereta.

(2) Sable de doble filo de hoja, unas veces lisa y otras ondulada, pero como toda arma mora, terriblemente templada y afilada como navaja de afeitar.

(3) Sable mayor y más pesado que el anterior.

a la cintura el *bolo* (1), que el moro no se desciñe nunca, tal fiera humana acometió a los indios que a aquella hora de la mañana tomaban su baño diario en la zanja. En un momento el agua se enrojeció de sangre de hombres, niños y mujeres, que según la costumbre del país, se bañaban juntos, y aunque salieron prontamente soldados de la Fuerza, y a ellos se unieron valientes zamboangueños, costó bastante tiempo y muchas vidas rendir a semejante fiera, que, tendido en el suelo, acribillado de heridas, moribundo, aún empuñaba el *cris* y repartía golpes que herían en las piernas a los que le rodeaban para rematarlo como a un jabalí herido...

—¿Y entre esos cafres pasa tantas horas el buen P. Mabuti?

—¡Y tan a gusto! Frecuentemente en una *binta*, con un sólo remero, cruza la ancha bahía para ir a la isla mora de Santa Cruz, a curar cuerpos y a catequizar almas. Un día, durante la guerra de Joló, le sorprendió allí un *vaguio*. Los barcos de guerra se dispusieron a levar anclas para buscar refugio en Punta Caldera, porque esta bahía es muy peligrosa. El lego del Convento avisó al Gobernador, y éste al Comandante de Marina, que el P. Mabuti estaba en la vecina isla y que difícilmente podría regresar en la *binta* con aquel temporal. Desde la playa se oía el sonido del *agun* y del *culintangan* (2) que el viento huracanado traía desde Santa Cruz. Sabido es que los moros emplean estos instrumentos lo mismo

(1) Cuchillo de monte que también usan mucho los tagalos.
(2) Instrumentos moros. Especie de tambores o escudos de bronce.

para bailar el «moro-moro» a su son rítmico y monótono, que para reunir a los *dattos* y *panditas* (1) o simplemente a los moros del barrio para hacer un convite. Ya muchos españoles, enterados de la ausencia del P. Mabuti, y temiendo por él, se habían reunido en el Pantalán (2), y, aguantando el ciclón, escudriñaban la bahía con verdadera ansiedad, por ver si aparecía la *binta* del Jesuíta. Comentaban su temeraria escapatoria, y alguno manifestó el temor de que el datto de Santa Cruz, pariente del Paulima de Joló, le guardase en rehenes o acaso le degollase como al P. Guerrico. El Comandante de Marina, de acuerdo con el Gobernador, avisó al Comandante del «Camarines» que encendiera sus fuegos, para tratar de acercarse algo más a la isla y ver el modo de enviar a ella un bote armado que recogiese al osado Jesuíta.

Era casi imposible acercarse a la costa con aquel temporal, y se iban a exponer varias vidas casi inútilmente.

En aquellos momentos de terrible ansiedad, la *binta* del P. Mabuti apareció a lo lejos, como un punto sobre las encrespadas olas, que tan pronto parecían elevarla a los cielos como sumirla en el abismo. Pasó una hora de angustia indescriptible... La débil *binta*, juguete de las olas, avanzaba, pero muy lentamente. Dos veces se vió al Padre relevar al remero extenuado, remar briosamente, con la mirada siempre fija en el Cielo, y, rendido, ceder otra vez al re-

(2) Autoridades moras.
(3) Muelle.

mero su puesto. Por fin éste, en un supremo esfuerzo, dió el último golpe de remos, y el P. Mabuti, de pie sobre la *binta,* bichero (1) en mano atracó al Pantalán. Calado hasta los huesos, los negros hábitos pegados a la figura gallarda y esbeltísima, fué abrazado por cuantos le esperábamos anhelantes, y pareció muy sorprendido de encontrarnos allí y en tal estado de zozobra. Con su eterna sonrisa y su noble mirada, correspondió a nuestros abrazos con apretones de manos, y después de asegurar que «no hubo motivo para alarmarse así», se escurrió como una anguila para esquivar, sin duda, nuestras demostraciones de afecto, que herían su modestia.

—¿Y dice usted que antes de ser Jesuíta ha sido médico?

—Sí, de los de más fama. Una historia de lágrimas y sangre de pocos conocida le hizo tomar el hábito.

—¡Una historia de lágrimas y sangre! Eso es muy novelesco y usted ya sabe lo aficionado que soy a historias y novelas.

—Pues esta es de las más interesantes.

—Hombre, cuéntela usted, yo se lo ruego. Ha despertado mi curiosidad.

—Lo haré con mucho gusto, porque usted es reservado. El sitio es a propósito. Entre las cañas rumorosas y los gruesos camagones, al claror de la luna y de las miriadas de gusanos de luz que cente-

---

(1) Palo largo con un gancho de hierro que, acorchetando en las argollas de hierro del muelle, sirve para atracar las pequeñas embarcaciones.

llean entre las hojas de los árboles y dan reflejos de fuego a las rojas gumamelas.

Sentémonos un poco a respirar el delicioso aroma de la dama de noche, el camuning, mil leguas e ilang-ilang(1). Este boscaje entre el pueblo y Magay, sitio obligado de descanso al terminar «la vuelta grande», parece hecho de encargo para escuchar y referir historias.

No se oye más ruido que el que produce el pico del palao, semejante al chocar de castañuelas. Aunque cerca de aquí vemos algún corrillo de indios que en cuclillas toman el fresco delante de sus *bajais* (2) de nipa, ni ellos pueden oirnos ni sus conversaciones interrumpir la nuestra. El indio es silencioso por naturaleza. De sus barrios no sale el menor ruido. Esta gente no habla, susurra; no anda, se desliza; no ríe nunca a carcajadas, sonríe solamente. Y vamos a la historia. Pues, señor...



... Graciella era una linda y delicada criatura que educada por su tía carnal, la altiva y acre condesa de X, no había conocido a sus padres que murieron siendo ella muy niña y había crecido, falta de calor maternal, como una pasionaria nacida entre la nieve. A los dieciocho años el alma purísima de la niña empezaba a despertar con esos deseos sin nombre,

(1) Plantas tropicales.
(2) Casas.

con esas aspiraciones de algo desconocido, con esos sueños de color de rosa que son la alborada del amor y casi siempre le preceden, preparando el alma a recibir más fuertes emociones. De naturaleza débil y alma tiernísima, sedienta de un cariño que jamás conoció y guardando íntegro escondido en su alma un tesoro de amor, del cual no pudo dar parte a padres ni hermanos que no conoció, su imaginación, un poco soñadora, la hacía desear y temer al mismo tiempo el momento en que reclamase como suyo aquel tesoro, un hombre amante.

Presentía la inocente que llegado el momento temido y deseado, ella amaría con toda su alma, reasumiendo y concentrando en uno, todos los cariños que no había podido sentir, ni menos expresar, en la fría morada de la condesa de X.

En esta situación de espíritu se hallaba Graciella, cuando enfermó su tía gravemente y fué llamado para asistirla un joven médico que había empezado la carrera brillantemente, teniendo ya, a pesar de sus pocos años, una envidiable reputación.

A la cabecera de la enferma conoció Graciella a Carlos Z, y día por día aprendió cuánto valía aquel carácter noble, aquel claro talento, aquella cortesanía exquisita que realzaba más y más una noble y gallarda figura. Sin darse de ello cuenta, y creyéndolo gratitud, Graciella llegó a amarle tiernamente; que con frecuencia el amor toma la máscara del agradecimiento, para apoderarse por sorpresa de toda el alma y hacer que lleguen tarde los esfuerzos que se hagan por arrojarlo de ella.

Pronto Carlos, como hombre de mundo que era, y observador del corazón humano, advirtió el dominio que ejercía en el de aquella candorosa muchacha. Graciella, siempre débil y de constitución delicada, había desmejorado rápidamente durante la enfermedad de su tía, quien la causó innumerables zozobras y desvelos, y Carlos tenía siempre para la niña, exquisitos cuidados y atenciones casi paternales, comprendiendo que aquella delicada flor de estufa necesitaba el calor del cariño para poder vivir.

La dulzura de Graciella, su linda figurita que si no deslumbraba con el brillo de una hermosura espléndida, atraía con el encanto de una belleza rubia, cándida, sonriente, de suprema distinción y exquisita suavidad de maneras, y más que nada la aureola de tristeza que parecía nimbar la frente de la interesante huérfana, casi siempre inclinada como agobiada de ideas o pesares, llegaron a impresionar a Carlos, pero no hasta el punto de despertar en él ese sentimiento único que tan deplorablemente se confunde a menudo con otros, si, en algo semejantes, muy distintos en realidad al verdadero amor. Entre tanto, Graciella, tomando aquel interés y aquellas atenciones de Carlos, por algo más grato para su alma inocente, se dejaba arrastrar por el encanto que sobre ella ejercía y no cuidaba de disimular los sentimientos que de día en día se adueñaban de su alma.

Un día, la condesa se agravó de tal modo que fué preciso preparar para el fin que se esperaba a la

pobre Graciella. La infeliz niña recibió el golpe en medio del corazón. Aunque de genio áspero y seco era la condesa el único apoyo y afecto que había conocido la huerfanita, quien la consideraba como madre y sentía de nuevo, en aquellos momentos, el dolor de su orfandad y el vacío de su vida.

Ante aquella explosión de agudísima pena, el corazón de Carlos se sintió conmovido y dejándose arrastrar de un primer movimiento de piedad y ternura, ofreció a Graciella su protección, su amor y su nombre que la niña aceptó, mezclando con sus lágrimas de pena, otras dulcísimas de ternura y gratitud.



Pasó la crisis y la condesa sanó. Carlos cumplió como caballero y pidió la mano de Graciella, que le fué concedida, entrando desde entonces en la casa como novio «oficial».

Graciella, cada día más enamorada, se abandonaba al encanto de aquel amor que llenaba su alma y que se acrecentaba con el trato frecuente, haciéndola tan dichosa que muchas veces decía mirando a Carlos y sacudiendo con gracia su gentil cabecita:

—Es demasiada dicha y estoy tan avezada al sufrimiento, que me pesa en el pecho como losa de mármol y creo, Carlos mío, que no llegará para mí el día bendito en que lleve con orgullo, tu nombre que amo tanto.

Carlos la tranquilizaba y con palabras de cariño, reanimaba a aquella pobre flor de espuma, que como espuma amenazaba deshacerse.

....

Haciendo un vivo y hasta duro contraste con Graciella, se veía a su lado a la hermosa Judith, hija de la condesa y heredera de su título y riquezas, y también de su orgullo y altivez.

Graciella dulce y delicada, Judith dominadora y fuerte; tímida e inocente la una, atrevida y coqueta la otra; una de sentimientos delicados y exquisita ternura, la otra fría de alma y capaz de sacrificarlo todo a su orgullo. El número de corazones atados al carro de triunfo de la hermosa, era casi infinito, pero nada saciaba su vanidad, infinita también, y desde que vió a Carlos se propuso vencerle y humillar a su prima, a quien secretamente odiaba.

Carlos en un principio, hizo muy poco caso de los manejos de Judith, hábilmente coqueta, pero ésta supo darse tal maña, que poco a poco fué ganando el corazón del joven y, más aún, sus sentidos y acabó por hacerle concebir una loca pasión, tanto más violenta, cuanto más contenida y bien disimulada.

El espíritu inquieto de Judith cuadraba mejor al carácter vehementísimo de Carlos, que la quietud angélica de Graciella. Carlos necesitaba una pasión avasalladora de luchas y de afanes y Graciella tan solo le brindaba un cariño sin dudas ni tormentos, sin estremecimientos ni agonías, tranquilo y sosegado como la luz purísima de sus ojos azules.

El carácter generoso de Carlos y su ignata caballerosidad, le hacían rebelarse contra sí mismo y trataba de vencér su pasión, decidido como estaba a dar su nombre a Graciella, y repugnando a su lealtad toda felonía.

Jamás hubiera faltado a su palabra, pero en el estado delicado en que la pobre niña estaba y seguro del cariño acendrado que le tenía, comprendía que un desengaño sería para ella un golpe mortal y su conciencia se sublevaba, ante la idea de ser el verdugo de aquel ángel, que tan confiada y ciegamente le quería.

En tanto, la inocente Graciella, no notaba la lucha que en el corazón de Carlos reñían, su nobleza y sus pasiones; pero Judith, más experta, comprendió pronto que en tal batalla, no llevaba ella la peor parte.

Así las cosas, recibió la condesa una invitación para el baile que daban los duques de K, en su nuevo hotel. Las jóvenes se preparaban para la fiesta. Judith con entusiasmo, como quien marcha al triunfo; Graciella resignada, como quien sigue su camino, solo por la obediencia.

La noche de la fiesta, están las dos primas en el tocador de Graciella, que ha tardado algo en vestirse, porque se sentía más fatigada que de costumbre.

Judith, de pie ante un magnífico espejo de tres lunas, abrochaba su largo guante blanco, mientras contemplaba con orgullo su arrogante figura, que se reflejaba brillante y seductora en el terso cristal. Una sonrisa un poco desdeñosa, levanta la comisura

izquierda de su labio superior, extremadamente fino y deja ver sus blanquísimos dientes apretados. Por un movimiento altivo que la es peculiar, sacude su abundante cabellera, de un negro metálico, echando atrás su cabeza, insolentemente hermosa.

La *toilette* admirable en que se envuelve entre nubes de encaje, como una ondina entre oleadas de espuma, realza doblemente sus encantos. El escote del traje deja al descubierto unos hombros maravillosamente bellos y una garganta blanca y firme como el mármol, realzada por tentador lunar.

Graciella, sentada en una pompeyana, frente al tocador, sujeta con fatiga a sus cabellos una blanca camelia y vuelve con frecuencia los ojos a Judith para mirarla cariñosamente.

En aquella noble alma no cabe ningún bastardo sentimiento y mira con delicia los encantos de su prima, a quien quiere como hermana.

El sentimiento de su dicha y el amor de su prometido llenan, además, de tal modo su corazón confiado y creyente, que nada la importan los triunfos de Judith, que jamás pensó disputarle y ahora menos que nunca.

—Vamos, ¿vas a acabar?—exclamó Judith impaciente golpeando la alfombra con su lindo pie calzado de raso.

—Sí, ya estoy, hermana mía—contesta dulcemente Graciella.

Y levantándose de su asiento se empina para abrazar a la altiva hermosura, diciéndola con transporte:

—¡Qué hermosa vas!

—¡Já, já! ¿Te parezco hermosa?... Yo creo que muchos serán hoy de tu opinión.

—¿Quién lo duda?

—Pues a tí, mientras no sea tu Carlos, nada debe importarte.

—Y ¿qué me importaría que Carlos admirase tu belleza como la admiro yo? Al contrario, lo deseo, porque veo en vosotros cierta enemistad que me hace daño, porque a los dos os quiero. El, siempre que le hablo de tí, cambia de conversación con disgusto y si tú vienes cuando hablamos de nuestro porvenir... se queda helado y mudo. Tú también le tratas con un desdén, con una acritud... Dí, ¿qué te ha hecho? ¿Por qué no le quieres? ¡Si vieras qué bueno es!

—¡Que sea enhorabuena! Sus cualidades buenas o malas, me tienen sin cuidado. No he de ser yo quien te lo robe.

—¡Robármelo! ¿Habría alguien capaz de semejante cosa?... Robarme a Carlos, sería quitarme la vida, porque tú no sabes, Judith, cuánto le quiero!...

Y a la sola idea de perder a su adorado rompió a llorar Graciella, como si tal desgracia fuese cierta.

—Vamos—dice Judith, haciendo un mohín de desprecio—ya empezaron las jeremiadas! Hija, os ponéis insufribles con esos amores de melodrama. ¡Vámonos ya! Mamá nos espera y estará impaciente. Guárdate tu tesoro, que vale bien poco para que yo me ocupe de él.

Y echando al espejo una última y triunfante mirada, tocó un timbre y recibió sobre sus hombros

un magnífico abrigo con *fourrure* de armiño, que una doncella que entró la echó sobre ellos, y acto continuo salió seguida de Graciella, que aun llevaba en sus ojos una lágrima temblorosa, que hacía más brillante y seductora su límpida mirada.

***

Es al siguiente día del magnífico baile de los Duques de K. Nos hallamos en el mismo gabinete, donde hemos visto en la noche anterior, concluir su prendido a las dos primas. Aún se ven por todas partes, vestigios de su tocado. Sobre un velador, un guante blanco. En la butaca, el *carnet* de baile. Caídos en la alfombra, los pétalos marchitos de las blancas camelias, que adornaron a Graciella. Más allá, brillando abandonada, la joya que lució en su puro seno.

....

En el centro de la estancia, se alza un túmulo de negro terciopelo y reposando en su lecho de muerte el purísimo cuerpo de Graciella, más blanca que las galas que la envuelven y más bella con la palidez de la muerte. Aún la cubre el traje blanco y vaporoso que lució en el baile y que su tía ha querido que la sirva de mortaja. Aún, entre sus cabellos sedosos y rizados, han quedado enredadas hojitas de camelias que murieron con ella y con ella serán enterradas. Aún vaga por sus labios, aquella angeli-

cal sonrisa, que tanto encanto daba al dulce rostro de la pobre niña.

Entre sus manos marfileñas, sostiene un crucifijo de plata, al que parece dirigir una última mirada con sus entreabiertos ojos azules, orlados de pestañas que parecen hilos de oro. Aquél espejo mismo que pocas horas antes, reflejaba la figura arrogante de Judith, refleja ahora el cuerpo yerto de la pobre Graciella y la amarilla y vacilante luz de los blandones... ¿Qué había sucedido? ¿Cómo tan pronto se agostó esa pura azucena? ¿Quién la tronchó en su tallo? ¿Quién impelió a la muerte a darla su beso frío? ¿Quién trocó sus bodas tan deseadas, por esta boda eterna?

....

Judith y Graciella, habían entrado juntas en el salón de baile, produciendo justa admiración y formando un contraste delicioso, sus tipos tan opuestos. Pronto, las opiniones que habían vacilado entre una y otra, se declararon por la radiante Condesita, que con su belleza espléndida y soberana distinción, atrajo así las voluntades todas.

Graciella en cambio, trataba de ocultarse, como modesta violeta, pensando siempre en sus amores. Rogó a Carlos, que allí se hallaba y corrió a saludarlas apenas entraron en el salón, que depusiera la frialdad con que trataba a Judith y bailase algo con ella; y dejándoles juntos en la *serre* y oculta entre las sombras de las plantas que la embalsamaban, se entregó por completo a los pensamientos de amor

y de ventura que la sonreían para el porvenir, ya tan cercano, en que unida a su Carlos, iba a ser la más feliz de las mujeres.

En el salón el calor, las luces, el ruido de la gente, la mareaba. Respiraba con dificultad y se sentía peor que de ordinario. No era, sin embargo, tal su malestar que creyera preciso alarmar a su tía ni a su Carlos, ni privar a Judith de su placer favorito: el baile.

Ella, también gozaba en aquella soledad, respirando con delicia el fresco y perfumado ambiente de la *serre*, oyendo, algo atenuadas por la distancia, las cadencias del wals que bailaba en el salón Judith con Carlos y recordando las palabras de éste, con verdadero éxtasis.

Poco tiempo llevaba entregada a sus sueños, cuando sintió un rumor cerca de sí. Eran dos personas que se acercan hablando íntimamente y se sentaban en un banco rústico, que había a espaldas de Graciella, oculto por espeso follaje de plantas trepadoras.

La niña quiso alejarse de allí, pero una palabra que llegó a su oído, pronunciada por una voz de ella bien conocida, la dejó petrificada, y escuchó:

—Te amo, sí, te amo— decía aquella voz temblorosa y velada con el acento de la pasión—, Judith mía ¿no has conocido hace tiempo que te adoro? ¿Quién que te vea, quién que respire el aire que respiras, quién que haya estrechado, como acabo de hacerlo en este wals inolvidable, tu talle delicioso, quién que se haya bañado, como ahora yo me

baño, en el lago de luz candente que tus negros ojos vierten, no cae a tus pies, como yo caigo y te dice «te adoro»? Yo no puedo ser tuyo, bien lo sé, mi palabra y mi conciencia me atan a ese pobre ángel que desfallece y me adora; pero ¡espera Judith mía! espera si es cierto que me amas, espera vida mía, que la pobre Graciella es flor de un día que se agosta bien pronto; y después nos espera una vida de amor, de entusiasmo, de placeres sin fin, paraíso mío!

A un tiempo mismo se oyó el estallido de un beso apasionado y el ruido sordo que produce un cuerpo al caer. Judith y Carlos corrieron al sitio de donde el ruido aquél partía y hallaron a Graciella tendida entre las flores, sin sentido.

Los cuidados del momento, que se la prodigaron, fueron ineficaces y entre la alarma general de sus conocimientos y amistades, fué llevada en el coche de la condesa a su casa y allí atendida por la buena señora, que no sabía lo que la pasaba, y por Judith y Carlos, que uno a cada lado del lecho, rojas las frentes de vergüenza y de remordimiento, trataban de reanimarla con inútiles medicamentos.

Al fin, abrió los ojos un momento, buscó con ellos al que tanto amaba, y con débil esfuerzo tomó su mano y la estrechó suavemente.

Después, hizo otro tanto con Judith, unió aquellas dos manos sobre su pecho y después de estrecharlas fuertemente sobre su corazón, las llevó, siempre unidas, a sus labios, besándolas tristemente; miró a su prometido con una última mirada de

supremo adiós y cerró aquellos ojos, tan dulces y tan puros, para siempre.

....

Carlos y Judith, se miraron un momento horrorizados y separando violentamente sus manos, aún unidas, cayeron de rodillas ante aquella víctima de su locura.

***

Graciella, fué sinceramente llorada por Carlos, que en el fondo del alma, quería bien a aquella pobre niña.

Por algún tiempo huyó de Judith, quien apenas cumplido el luto por su prima, había vuelto a su vida ordinaria y seguía causando estragos con su fatal belleza.

Pero Judith tenía para él la atracción del abismo, y engañándose poco a poco a sí mismo con los sofismas que emplea la pasión, cuando habla a la conciencia, acabó por creer que no debía culpar a aquella mujer, que como él se había dejado arrastrar por el amor, y Judith, como siempre ligera, fría y orgullosa, puso todo su empeño en atraer a Carlos que huía, y en vencer á Graciella muerta, como la venció viva... ¡Y lo consiguió!

Carlos llegó a adorarla ciegamente. Los caprichos de aquella mujer sin alma, eran sagrados para él.

Si Judith le hubiera dicho «¡mata!», él hubiera matado; si le dijese «¡muere!», moriría.

Aquella alma entusiasta, aquel carácter vehemente y arrebatado, estaba subyugado a un pestañear de ojos de la altiva hermosura, que le veía a sus pies como un esclavo y que, voluble en todo, empezaba a cansarse de su soberanía.

Carlos, obtuvo de la condesa la mano de su hija y el prometido de Graciella había pasado a serlo de Judith.

Vano empeño sería, tratar de describir las luchas y tormentos de aquellas turbulentas relaciones, que sirvieron para dominar en absoluto el carácter entero y fuertemente violento de Carlos, y para aburrir de él a Judith, a quien pesaba, al cabo de algún tiempo, cual si fuese de bronce, la cadena de amor con que Carlos, amante la ceñía.

Este amor, celoso y arrebatado, era un obstáculo a sus coqueterías y ya estaba dispuesta a romper aquel yugo a todo trance, no faltando para ello más que un pretexto, por pequeño que fuera.

Un día, la condesa y su hija, también se disponían para ir a un baile. También como en la noche en que Graciella recibió el golpe de muerte en el corazón, Judith se miró altiva en el espejo y salió radiante de hermosura.

Carlos las esperaba en el vestíbulo y al bajarlas del brazo, dijo a Judith, loco de amor y de celos, al verla tan hermosa:

—Judith, por Dios, no bailes esta noche con el vizconde.

—¡Que no baile! ¿Por qué?

—Porque yo te lo ruego.

—Esa no es una razón, y yo tengo otra para bailar con él.

—Y ¿cuál es?.

—Que me agrada... y que nadie manda en mi voluntad.

Subió Judith a su *landeau* y sentada al lado de su madre, a quien no extrañaban aquellos caprichos de hija mal criada, partió sin mirar siquiera al pobre Carlos, que, pálido y aterrado, contenía con una mano los latidos de su corazon, que parecía iba a estallar, y sofocaba la ira que en su alma levantaran las crueles palabras de su amada.

Corrió, al fin, como un loco al palacio en que iba a celebrarse la fiesta, arrastrado por la rabia de los celos y dispuesto a cualquier atrocidad, antes que tolerar nuevas humillaciones.

....

Deslumbradora estaba Judith, en el salón de baile.

Cuando Carlos entró, se hallaba sentada en un sofá, frente a un espejo y rodeada de una turba de gomosos, entre los cuales figuraba en primera línea, el vizconde a quien aludiera Carlos.

Sostenía el gomoso, con la sonriente joven, un galante discreteo en que brillaban a porfía, el ingenio y la coquetería de Judith, mientras jugaba distraída con su lindo abanico de nácar.

Se acercó Carlos a saludarla y al verle se deshizo como por encanto aquel círculo de modernos teno-

rios, pues nadie ignoraba la proyectada boda de los jóvenes y alguno conocía, por experiencia, el carácter fogoso y arrebatado de Carlos y su destreza en el manejo de las armas, amén de su valor temerario.

Cuando se hallaron así aislados, entre la multitud, Judith levantó los ojos, que desde la llegada de su prometido había afectado tener fijos en su abanico, y le dijo:

—¡Jesús, qué gesto tan poco agradable traes esta noche! ¿Qué te pasa?

—Lo que pasa, Judith, es qne vas a perderme y que por última vez, te ruego dejes tus coqueterías con el vizconde.

—Y ¿quién te ha dado a tí derecho, para calificar mis actos?

—Tu madre, al concederme tu mano.

—¿Mi madre? ¡Te equivocas! Yo soy mayor de edad y en mi corazón y en mi voluntad, no manda nadie. Si tuvieras derechos, yo te los quitaría, mas por este camino, preveo que no los tendrás nunca.

—Mira lo que dices—balbuceó Carlos.

—Está mirado. Debe ser mal marido, el que hace desde amante, su aprendizaje de tirano.

—¿Bailarás con el vizconde?

—¡Bailaré!

—¿Le prefieres a mí?

—Si bailo con él, es porque el prefiero.

Y al contestar así la condesita, miró hacia el espejo, sonriendo en él al vizconde, que la contemplaba desde un ángulo del salón, satisfecha la voluble beldad de haber encontrado un motivo, por pueril que

fuera, suficiente ya para provocar el rompimiento que deseaba.

Carlos siguió con la suya la mirada de su prometida, encontró en el espejo la figura sonriente del vizconde y levantándose irritado, dijo casi al oído de Judith, inclinando hacia ella su esbelto cuerpo, que temblaba como si sufriera, eléctricas vibraciones:

—La muerte de Graciella debió alejarnos, y conozco, aunque tarde, que siempre me serás funesta. Tal vez otra víctima consiga, lo que Graciella no.

Y partió como un loco, llegando hasta él el ruido de una burlona carcajada, con la que Judith contestó a su amenaza.

La fatalidad guió los pasos de Carlos, a la saleta de fumar del dueño de la casa, donde brillaba una magnífica panoplia de armas de cien distintas épocas y países. Las luces de las lámparas se quebraban en el bruñido acero, cuyos reflejos metálicos, hiriendo las pupilas de Carlos, acabaron de producirle el vértigo. Temblándole la mano nerviosamente y con la torpeza de la precipitación y la ceguedad de la ira, arrancó con trabajo del armero, un pequeño y agudo puñal de bien templada hoja, fina como un estilete, y lo escondió bajo la solapa del frac, mirando a todos lados con sobresalto, temeroso de ser sorprendido. Pero nadie había en aquel momento en el *fumoir*. La atención de los convidados se repartía entonces entre el salón de baile, el *buffet* y las mesas de *bridge* y de tresillo.

La orquesta tocaba un wals; el mismo, que en aquella fatal noche de la muerte de Graciella, bailó Carlos

con Judith, loco de amor. y cuya melodía fué desde entonces inolvidable para él.

No hay nada que hiera a un tiempo el corazón y la memoria como la música. Tantas veces como Carlos oyó aquel wals, después de la trágica, inolvidable noche, se sintió conmovido hasta la última fibra de su alma, por aquella melodía que, al llegar a su oído, despertaba en su corazón recuerdos mal dormidos, ilusiones de un pasado poblado de esperanzas, como hoy lo está su alma de sombríos presagios.

Atenuados por la distancia que mediaba entre el salón y el *fumoir*, llegaban allí los ecos de aquel wals que parecían ejecutar los violines con sordina, y sus notas cristalinas caían en un ritmo igual y cadencioso, como cae en la taza de mármol de una fuente la lluvia diamantina del agua rumorosa, que adormece con su monótono susurro.

Carlos oía como soñando aquella música, que en el oculto rincón de su memoria evocaba fantasmas risueños, seguidos de otros pavorosos.

Los sueños por él acariciados, en los cuales la encantadora figura de Judith, surgía enamorada e insinuante, como en aquella trágica noche en que por vez primera respiró cerca de ella y enloqueció, pasaban de nuevo, por su mente exaltada hasta la locura.

Creía ver también a la pobre Graciella, tan sumisa, tan dulce, tan inocente y buena; pero pronto el recuerdo de la pobre muerta se borraba y veía otra vez a Judith arrogante, como en aquella noche en que se creyó amado, y creía sentir aún la presión

de su mano enguantada, y en su brazo el peso de aquel cuerpo querido, y en sus mejillas, que la pasión encendía, el roce estremecedor de los sedosos rizos de la hermosa.

Con la cabeza llena de estas imágenes, que parecían voltear vertiginosamente, salió Carlos del *fumoir*, como sonámbulo, dirigiéndose al salón, atraido por la música del wals y ansiando sólo ver a Judith.

Las luces del salón, los destellos de las joyas que ostentaban las damas, la mezcla de perfumes y el ruido de la multitud que zumbaba en sus sienes, a las que afluía toda la sangre en atroz martilleo, aturdían a Carlos, quien marchaba tambaleándose como un borracho, con los ojos extraviados y la palidez de la muerte en el semblante.

Las parejas, dulcemente enlazadas, giraban por el amplio salón, al compás de aquel wals lento y cadencioso.

Carlos las miraba pasar como atontado..., ¡una!... ¡otra!..., ¡¡otra más!!... Entre gasas y flores y oleadas de perfumes que embriagaban... Una de ellas, cual ninguna gentil, se acercaba, a Carlos, que fijó en ella sus extraviados ojos, desmesuradamente abiertos. ¡Era Judith! Valsaba con abandono, apoyada en el hombro del vizconde, sonriendo dulcemente, mientras aquél, con la frente inclinada hasta tocar los rizos de la joven, la hablaba con pasión al oído.

En aquel momento pasaban junto a Carlos, y Judith le dirigió una insolente mirada que parecía un reto. A su choque violento, Carlos se abalanzó con

un salto de tigre, y, sacando rápidamente el puñal que había escondido bajo el frac, le hundió hasta el mango en el seno desnudo de Judith...

La vista de la sangre, la resistencia que el puñal hacía al intentar sacarlo de la herida, los gritos de las damas que se desmayaban o huían, los rugidos de la multitud que se abalanzaba a Carlos, sujetándolo como a una fiera hidrófoba, nada de esto le volvió a la realidad, y con la vista absorta, clavada en el cadáver que yacía en la alfombra, mudo, inmóvil, aterrado de su obra, se dejó sujetar sin oponer la menor resistencia...

Después... un proceso vulgar. Una sentencia absolutoria, que fué un triunfo para el abogado defensor, ya consagrado con muchos anteriores... y el olvido para el mundo, pero no para Carlos, que, buscándolo en la Religión, vino a estas islas, donde ha visto la muerte de cerca muchas veces. Acaso él la desea para expiar su crimen, del que sinceramente debió de arrepentirse cuando tomó la resolución de hacerse jesuíta.

A punto estuvo de morir al lado del buen P. Guerrico, cuando un moro de Cottabato dió a aquel santo varon la horrible cuchillada que casi le degolló y que, al curar, dejó su venerable cabeza para siempre inclinada al lado izquierdo, pero Dios le guardaba, sin duda, para ejercer aquí su apostolado, y hoy es la Providencia de estas gentes, que le veneran como a un Santo.

***

—Tenía usted razón, amigo mío, es verdaderamente trágica la historia del P, Mabuti, y me ha interesado mucho su relato, pero la noche avanza y es preciso volver a buscar la tinóla (1).

Y dejando a nuestras espaldas el barrio moro de Magay, entramos en el poblado de Zamboanga, casi todo formado por bajais de caña y nipa, separados unos de otros por setos de cañas, y algunos, los menos, de algodón *boboy, Bulac boboy*, en tagaloc, que es el *bombax pentandrum* de Linneo.

Mi amigo me explicó que esta planta tiene la particularidad, rara en el país, de que su raíz penetra verticalmente, mientras casi todas las demás plantas, tienen raíces someras y de dirección horizontal. La lana de su fruto, que se despepita con másfacilidad que el algodón común, se emplea sólo para almohadas como el mejor miraguano.

—Es inconcebible—añadió—, lo que aquí pasa con ese algodón. Se da con pasmosa facilidad, basta arrojar la semilla a suelo desmontado, aunque sale más frondoso por trasplante. La planta nace casi espontáneamente y a los dos años produce a docenas, grandes y hermosas mazorkas, reventando su hermoso lanaje. Coger el fruto y ofrecerlo limpio al mercado, es tarea de niños que no exige ni fuerzas ni maquinaria y a pesar de esto, es muy difícil conseguir, a un precio razonable, alguna cantidad, cuando debería venderse en Manila a seis o

(1) Guiso de gallina cocida con calabaza o papas (patatas). Primer plato de cena obligado en la mesa do todos los mestizos e indios ricos y de la mayor parte de los españoles.

siste pesos el pico, cuando más, ofreciendo así al mercado una excelente lana en rama para acolchados, etc., que jamás se apelmaza.

—¿Y a què se debe esto?

—A la natural apatía del indio en primer término y a la de nuestro Gobierno, que no ha sabido explotar la natural riqueza del país, en segundo. Por la dificultad de los arrastres, por falta de carreteras, se pudren en los bosques maderas preciosísimas, casi todas desconocidas en nuestro país y que constituyen una verdadera riqueza forestal,

Aprovechando la corriente de los ríos han llegado alguna vez a Manila hermosos troncos de camagón (1), narra (2) o calantás (3), producto de cortas hechas por algún particular, que hubo dc desistir de emprender su negocio, que podía ser pingüe, por las dificultades y peligros que no pudo vencer por sí solo. Y así se han secado, mil fuentes de riqueza, que en otras manos hubieran sido inagotables.

(1) Palo de hierro.

(2) Especie de caoba.

(3) Especie de cedro. Por no cansar al lector no se mencionan más que estas maderas, que son las más usuales y comunes, y para dar una ligerísima idea de la riqueza forestal de aquel país diremos que solamente en la Isla de la Paragua se producen las maderas siguientes:

1. Ditta-dita, 2. Malabayas, 3. Dila-dila, 4. Bayog, 5. Lanete, 6. Culit, 7. Batino, 6. Balete, 9. Yacapasin, 10. Maputit, 11. Acte, 12. Bancal, 13. Bitampol, 14. Banate, 15. Putian grande, 16. Lanotan, 17. Mansalaquin, 18. Palma brava negra, 19. Mactanin, 20. Sageg, 21. Callos, 22. Cabay cabay, 23. Anonan, 24. Alagao, 25. Talotan, 26. Putag, 27. Saging (plátano), 28. Ipil, 29. Panaba, 30. Antipolo, 31. Narra roja, 32. Tanac, 33. Camunin, 34. Ebano, 35. Tagang, 36. Bulunacta, 37. Palo de María, 38. Molabe, 39. Camagon, 40. Dunuy, 41. Polo, 42. Manungar. 43. Catasan, 44. Palma brava roja, 45. Hamugis) 46. Maladato, 47. Batitinan, 48. Malumpit, 49. Calantas.

En cuanto al indio no se afana por nada. Sobrio en el comer y aún más en el vestir, tiene poquísimas necesidades y la exuberante naturaleza del país les provee, casi espontáneamente, sin necesitar el esfuerzo del agricultor. El indio, agil y ligero como una ardilla, trepa fácilmente a los árboles, arranca de ellos un racimo de plátanos o un coco y ya está satisfecho; su comida ordinaria es *morisqueta* (1) y tuyuc (2), y en cuanto a indumentaria, su traje de faena es un calzón de baño; su gala un pantalón de tela fuerte y una camisa, que lleva fuera de aquél, de tela fina y más o menos rica según su posición. Claro es que me refiero al indio pobre; el indio rico y más civilizado ama el lujo como el que más, pues uno de los defectos de su raza, ¿cuál no los tiene? es la vanidad.

—Así se explica que no se vean pobres y que a estas fechas no haya en el Archipiélago ni asilos, ni inclusa, ni... (3)

—¿Para qué? Las inclusas y cunas las llena generalmente un honor mal entendido, que deposita allí los hijos del pecado, tratando de ocultarlo y eso no tiene razón de ser aquí, donde una *dalaga* (4), no

---

(1) Arroz cocido.

(2) Pescado seco.

(3) En la época en que se supone se desarrollan los sucesos que aquí se relatan no había en Filipinas más Asilo que el de Huérfanos de Santa Rita. que en el pueblo de Mandaloya dirigía el sabio y virtuoso agustino Fray Baldomero del Real, Predicador general, muerto hace dos años en Santander, Fué fundado en 1883 para recoger los huérfanos que causó la epidemia colérica, pero fueron pocos los que se acogieron a este beneficio.

(4) Joven soltera.

oculta nunca las consecuencias de su caída, y se casan mujeres que llevan, como dote, tres o cuatro chiquillos, a menudo de color diferente: cobrizos, amarillos... y si por suerte sale alguno rubio, es por este solo hecho, objeto de los mimos y preferencias de la madre, que le muestra con orgullo diciendo: «éste es castila».

Hablando de este modo, llegamos a la plaza de la Iglesia. El calor es verdaderamente sofocante y la Luna clarísima, parece que calienta como el Sol.

En la casa misión las ventanas están abiertas; En una de ellas, las conchas (1) medio corridas transparentan la luz del interior. Aquella debe ser la celda del padre Mabuti y la luz de su lámpara de trabajo. ¿Qué hará? ¿En qué pensará en aquellos momentos aquel extraño ser, el relato de cuya triste vida tan vivamente me interesó?

Frente a la casa-misión hay otra fuertemente iluminada. Es la del Capitang (2) Quicoy (3) y en ella se celebra un *bailujan* ó *catapusan* (4). Mi amigo me pregunta:

—¿Quiere usted que subamos? Cenaremos muy bien.

—Hombre; yo no conozco a nadie de la casa, y no estando invitado.....

—¡Eso no importa! Nuestra calidad de castilas, es

(1) En Filipinas los cristales de las ventanas están substituídos por conchas encuadradas en cercos de madera que *tamizando* la luz la hacen más opaca y menos irresistible el calor.

(2) Gobernadorcillo.

(3) Francisco.

(4) Baile, fiesta.

suficiente para que seamos bien recibidos y cariñosamente agasajados. El indio es tan hospitalario, que su casa está siempre abierta para todos. Cuando viaja acostumbra a entrar, sin cumplimientos, al llegar la hora de comer en el primer *bajáy* que encuentra en su camino. Saluda, ¡si saluda! con un sencillo *magandang árao pó* (1), se acomoda en cuclillas entre el corro que forma la familia rodeando el *carajay* (2) del *gulay* (3) y la olla de la *morisqueta* (4); mete en ellos su mano con la de todos los comensales; bebe un trago de agua en el *tábo* (5) común; ofrece o acepta un cigarrillo y un *buyo* (6) para fumar y mascar por el camino, si no prefiere echar allí la siesta, y tras un *salámat pó* (7) tan breve como fué su salutación, continúa su viaje sin que nadie le pregunte quién es, de dónde viene, ni adónde va.

—¡Qué extraño! Subiremos, pues, a casa de Capitang Quicoy. Tengo curiosidad por ver un Catapusang, ¿no se llama eso así?

—Sí; y hay algunos, sobre todo si se trata de bodas o de solemnizar una toma de vara (8), que du-

---

(1) Buenos días, señor.

(2) Sartén de mango corto muy gruesa de la cual se sirve el indio para confeccionar sus guisos.

(3) Especie de potaje o guiso de verdura.

(4) Arroz cocido, que constituye el pan del indio.

(5) Cáscara de coco que hace veces de jarro o vaso.

(6) Nuez de bonga rodeada de una hoja de betel que envuelve un poco de cal de de ostras. Al masticarla se colora tan fuertemente la saliva, que al gún recién llegado, al ver a un indio escup r le siguió alarmado dispuesto a prestarle auxilio, creyendo se trataba da algún hepmotísico.

(7) Gracias, señor.

(8) Toma de posesión del Gobernadorcillo.

ran tres o cuatro o más días de continuo holgorio, en el que alternan el baile, la comida... (desayuno, almuerzo, comida, merienda, cena... y si me apuran otra cena más a media noche), el baño, en que se suele servir un *tiffin* poniendo los manjares en una binta y colocándose los bañistas del sexo débil a un lado de ella y al otro los del fuerte, y los juegos de toda especie.

—¡Diántre! Eso supone un gasto formidable para el que convida, a poco numerosos que sean los convidados.

—En eso no reparan. Es muy frecuente que además de los españoles todos de la provincia, invite el nuevo Gobernadorcillo, o el padre de los novios, a muchos de las provincias limítrofes y aun de islas lejanas y, si han de efectuar el viaje por mar, sus pasajes son de antemano pagados por el espléndido anfitrión; si por tierra, pone a su disposición carruajes y caballos, medio actualmente único de locomoción, renovando los tiros tantas veces como sea necesario, para lo cual aposta en el camino cuantas *parejas* (1) se necesiten. En el trayecto, cuanto sea preciso y aun lo superfluo está previsto y al llegar a la casa de la fiesta, aquello es un verdadero derroche, sobre todo en la mesa. Para los desayunos exquisito café con leche de *carabaya* (2) o chocolate a estilo del país, cocido con leche y muy batido,

---

(1) Troncos de caballos.

(2) Hembra del *carabao*, especie de búfalo que hace las faenas del campo y acarreo como nuestros bueyes y necesita pasar una parte del día dentro del agua,

hasta formar espuma, acompañado de ensaimadas, bizcochos, *potos* y *bibincas* (1) de mil clases. Cerveza y fiambres a media mañana, a las doce el vermouth, y poco después la *pantagruélica* comida en la que, sin faltar la sopa de tortuga, el *roastbeef*, la langosta con salsa mayonesa, el pavo en galatina, el buen jamón de York y los más exquisitos y variados manjares europeos, no se prescinde nunca del *lumpiá* (2), del *pansit* (3), del carit (4) de gallina o camarones, el *patsiu* (5) de lechón y otros platos igualmente típicos. Y después toda la rica variedad de frutas del país, desde el sencillo plátano de infinitas clases, el *bumbulang*, el plátano higo, el dedito de dama, el pintón y cien más; los sabrosos lanzones, el áte, parecido a pomada de jazmín, el finísimo mangostán chino, de sabor parecido a nuestra uva moscatel y el chico, de aspecto parecido a una patata, feo para los ojos, pero muy agradable al paladar; hasta la exquisitísima manga, la reina de las frutas; amén de una retahila de dulces de leche y conserva de frutas españolas; y todo esto servido a un tiempo, en platos cubiertos, que ocupan toda la larguísima mesa, de los cuales se sirven a su antojo los convidados, que luego van a hacer la digestión bailando,

---

(1) Pastas a base de harina de arroz, algunas muy sabrosas.

(2) Empanadillas de cerdo, gallina y verduras; envueltas en una especie de hostia.

(3) Plato chino de fideos de arroz, que la gente pudiente condimenta con jamón, langostinos, gallina, etc.

(4) Salsa que se hace con unos polvos especiales de la India inglesa leche de coco,

5) Guiso indígena que también se emplea para el pescado.

dalagas y *baguntaos* (1), durmiendo las nanáis (2), y los hombres maduros entreteniéndose en juegos más o menos *azarosos*, hasta la hora del tiffin o merienda, compuesto de fiambres de lechón, pavo, y lo que un comerciante malagueño de muy buena sombra ofrecía a las damas diciendo: «ezto, zeñora, ze yama en iglé *empaderado*, y en ezpañol *zambiche*»; y después... a bailar otra vez hasta las ocho, que se cena la clásica *tinola* y se repite o varía el menú del mediodía y sigue el baile hasta la madrugada, o hasta que ya rendidos se recogen a dormir en una habitación todos los hombres, en otra las mujeres, en cama las personas mayores o más caracterizadas, y en pajizos petates en el suelo, los demás.

—Si es que antes no los sacan a todos en espuertas. ¡Demóntre! ¿Sabe usted que se necesita resistencia para un convite así? Y diga usted, ¿el catapusang de Capitang Quicoy, será de ese calibre y extensión?

—No: aquí solo se trata de un bailujan. Se cenará muy bién, se bailará otro poco; después alguna Mameng, o Loleng, o Charito (3) nos cantará la «Estela confidente», el *balitao*, o el «Ay nay, si esa mujer...», con vocecilla nasal pero afinada, y poco después de media noche... desfile general.

—En ese caso, vamos.

Y entramos en el zaguán de la casa del Gobernadorcillo, subimos la escalera, atravesamos la amplia

(1) Jóvenes.

(2) Mamás.

(3) Diminutivos de Carmen, Dolores y Rosario.

caída muy iluminada, como toda la casa, adornada con grandes pedestales y macetones de un verde oscuro y en el centro ya servida la mesa, y penetramos en la sala.

Allí observé que había completa separación de sexos. A un lado el elemento femenino, al otro el masculino. Solo los concurrentes españoles y algunos extranjeros mariposeaban indistintamente entre *lalaques* (1) y *babaes* (2). Algunas de éstas eran muy bonitas; todas muy adornadas y muy bien alhajadas, con sayas de seda a grandes listas de vivísimos colores, camisas y *candongas* (3) de *piña* (4), ricamente bordada o sombreada, o de rengue o jusi (5), y el lustroso y negrísimo *pusud* (6), muy adornado de clavos (7) y peinetas de oro liso o con perlas y brillantes. Al cuello rosarios y *tumbagas* (8) de lo mismo y los menudos pies, sin medias, calzados con chinelas bordadas de oro y escamas de pescado.

Me llamó la atención no ver en las mujeres de Zamboanga el airoso *tápis*, (9) con que se ciñen las manileñas.

Mi amigo me explicó que la zamboangueña se con-

---

(1) Hombres.

(2) Mujeres.

(3) Pañuelos de tres picos con los cuales se cubren el escote.

(4) Nipis.

(5) Telas transparentes y finísimas. El jusi es una especie de gasa a listas mates y arrasadas.

(6) Moño.

(7) Horquillas.

(8) Relicarios.

(9) Trozo de tela oscura que a modo de delantal se ciñen sobre la falda con mucha gracia.

sidera mestiza de español, y como tal, lleva la saya suelta en paseos y fiestas. En cambio usa a diario el feo *patadión*, especie de saco de tela fuerte, muy ceñido y apretado, en el cual se envuelve desde la cintura hasta los pies, y que resulta tan desairado como gracioso el tapis.

También la indumentaria de los hombres merece descripción. Todos llevan camisas de piña bordada. de jusi o de abacá pilado, por fuera de los pantalones blancos o negros y con botonaduras de perlas y brillantes o simplemente de oro; pero los constituídos en autoridad, como gobernadorcillos y tenientes, *capitanes pasados* (1), *cabezas de barangay* (2), principales y alguacilillos, llevan sobre las camisas sueltas unas pequeñas chaquetillas de paño, que, al dejar los faldones blancos o de color al descubierto, producen extraño efecto en la vista no acostumbrada a tal atavío.

En el centro del salón una pareja bailaba el *salampague* (3), al son que hacía un tocador de arpa, colocado en un rincón.

Las conversaciones ni eran muchas ni animadas.

Hombres y mujeres fumaban cigarrillos o tabacos (4), mascaban buyo y departían plácidamente, casi por monosílabos y en voz queda.

---

(1) Ex-gobernadorcillos,

(2) Individuos del Ayuntamiento,

(3) El «salampague» y el «virguiri» son bailes del país, pero el más conocido es el «balitao».

(4) Puros.

De pronto, voces de «moro, moro», venidas de la calle, vinieron a turbar aquella placidez.

Las mujeres, gritando, se refugiaron en las habitaciones interiores, cerrando puertas y ventanas. Los hombres, unos buscaron armas para precipitarse por la escalera a afrontar el peligro, con la bravura característica del zamboangueño, y otros se abalanzaron a las corridas conchas para ver qué ocurría. Entre éstos estábamos mi viejo amigo y yo. Y vimos, aterrados, venir corriendo por el camino de Magay a un moro ataviado de blanco, blandiendo enorme cris de doble filo.

Marchando a grandes saltos, como es costumbre en ellos cuando combaten, había salvado la distancia que separa Zamboanga del barrio de Magay.

A su paso, cerrando puertas y ventanas, la gente se guarecía en las casas dando la voz de alarma, gritando: «moro, moro». Delante de él corría desolada una pobre niña india, que, con un pequeñuelo a horcajadas sobre la cadera izquierda, llevaba en la cabeza un *tancal* (1) de gallinas, que acaso traía del vecino pueblo de Santa María para el mercado del día siguiente.

Al pie ya de la casa de Capitang Quicoy, al observar que estaba iluminada, buscando protección, a punto ya de ser alcanzada por el terrible moro, la chiquilla, aterrada, soltó a un tiempo *tancal* y criatura y se precipitó en el zaguán, subiendo la escalera en tres saltos y sollozando:

(1) Cesto de bejuco o mimbres.

—¡Ay nacú, ay nanay! (1), ¡moro, moro!

Este, dando un salto de tigre, se abalanzó sobre el pequeñín indio el *cris* en alto para partirle en dos, pero en aquel momento una sombra negra se arrojó sobre su espalda, sujetándole vigorosamente.

El feroz juramentado, al sentir la presión de unos brazos que atenazaban los suyos, sin saber de quien pudieran ser, volvió el *cris* hacia atrás en un rápido movimiento, y un torrente de sangre enrojeció la blanca vestidura del moro, que con supremo esfuerzo se volvió para secundar el golpe.

Y mi amigo y yo, y cuantos hombres, ya armados, llegaban al lugar del suceso, pudimos observar que aquella fiera en lugar de seguir acuchillando a diestro y siniestro como acostumbran los juramentados, caía de rodillas junto a su víctima, y, llorando a gritos, decía en su dialecto:

—¡Es mi padre!, ¡mi padrecito!... ¡P. Mabuti!, ¡perdóname!, ¡perdón, perdón, perdón!...

Y el P. Mabuti, pues, en efecto, era él, que se desangraba por la espantosa herida, que casi le seccionó la yugular, volvió hacia el moro su rostro iluminado de plácida sonrisa y separando del cuello su mano derecha, que había llevado a él instintivamente, roja de sangre humeante, la acercó a la frente del moro, que a su lado sollozaba, y trazó en ella el signo de la cruz... Y después expiró.

***

(1) ¡Ay, Dios mío!, ¡ay, madre mía!

No sé cómo escapó el juramentado. La muerte inesperada del P. Mabuti produjo tal estupor y espanto en cuantos la presenciamos, que nadie se ocupó de su causante en el primer momento de confusión, que acaso aprovechó para huir.

Días después llegaba a Cottabato en una *binta* un moro joven, que se presentó en la casa misión solicitando hablar con el Padre X. El aspecto desolado del moro, llamó la atención del jesuíta, que nada sabía de lo ocurrido a su sabio compañero de Zamboanga, pues las comunicaciones entre las islas eran escasas en aquellos tiempos.

Pero lo que le sorprendió más fué una cruz trazada en la bronceada frente del moro con una sustancia ya seca y más oscura aún que su piel.

No sé que pasaría entre aquel desgraciado y el jesuíta.

Unicamente añadiré que algunos meses más tarde, estos dos personajes subían juntos las gradas del patíbulo.

El moro, ya cristiano, pues recibió las aguas del bautismo en la capilla, iba radiante. Su mirada serena, tan pronto se posaba en el crucifijo que el Padre acercaba a sus labios, como en el Cielo, que el mismo sacerdote le señalaba con el brazo extendido...

Y el reo catecúmeno, murió sonriendo como había muerto su víctima, y diciendo con voz fuerte y entera.

—¡Espera P. Mabuti! ¡Ya voy, ya voy contigo al Cielo!

A S. A. R. la Srma. Sra. Infanta D.ª Isabel.

En el pecado... la penitencia.

(HISTÓRICO)

—¡Calla, Alifonsa, que esto acabará en solfa!

—Pues no callo y no callo, ¡so arrastrao! ¡so granuja! ¡so mal hombre!

—¡Sóooo burra, sóo!

—¡Mala bestia! ¡Holgazán! ¡Borracho! ¡Pensar que por tu culpa estamos sin un botón en víspera de Navidad. Si no te hubieras bebido los cuartos que te dieron por la última chapuza, tendríamos siquiera para matar el hambre en esta Nochebuena, ¡que sí que va a ser buena por la otra punta!

—¡Pues jorobarse! ¡ea! ¿o tú qué quiés? ¿que robe?

—Pue que no fuera la primera vez.

—¡Alifonsa!

—¡Celipe!

—Mira, mujer, ya sabes que no soy un panoli, y tengo mis ideas. El maestro me despachó hace tiempo porque es un tío de mu malas tripas y más desigente que otro tanto y no estima lo que yo val-

go, ¿estás? Ya nos hemos comido los colchones y trastos de la casa, yo no encuentro trabajo aunque lo busco, eso lo sabes tú de sobra, pero te he dicho que tengo mis ideas y ¡allá va una! El hambre no tié espera y el caso es que saquemos pa el besugo y el cascajo y un poco de morapio, que tú tampoco le haces ascos, ¡picotera! y hasta pa un rabel pa que te alegres tocando por la Puerta del Sol.

—¡Como no toque!

—Bueno; pues ya verás mi ideica. Yo me voy a poner malo de pronto.

—¡Ojalá te mueras!

—¡Déjalo pa más tarde! Ahora va a ser de mentirijillas, y tú te vas a la Parroquia y pides el Viático pa mí.

—Pero, ¿tú estás borracho? ¡arrastrao!

—No, mujer, ya verás. Tú pides el Viático y aluego haces un memorial pa el Refugio y te largan tres duros como tres soles

—¿Cómo? ¡tres machacantes!

—¡Ele! Eso es lo que acostumbran.

—Pero, oye, condenao, ¿y si se enteran de que no estás enfermo de verdad?

—¿Cualo? Pues poco bien que hago yo los papeles, ¿Ya no tacuerdas tú de cuando me hice el manco metiendo el brazo drento de la blusa pa pedir limosna y lo bien que pasamos aquellos días?

—Sí, ¡ojalá que durasen! Pero te cogieron un día y ¡al Asilo! y allí te se curó el brazo para siempre y se te aflojó el resuello para seguir pidiendo.

—¡Miá que a mí! Lo que pasó es que vino el In-

dalecio a buscarme pa aquella chapucilla y pensamos hacer un buen negocio. y...

—Bueno, Celipe; pues a ver éste si se nos escacharra.

***

Y manos a la obra, aquel hombre se tendió en su mal camastro, se cubrió con la manta sucia y rota, ató a su frente un pañuelo de hierbas y trató de poner cara de circunstancias, mientras que su mujer salió corriendo para avisar al Párroco, que acudió presuroso al llamamiento de aquellos feligreses. Sentado en la única y desvencijada silla que había en la bohardilla, mal alumbrada por una vela de sebo puesta en una botella, el buen párroco oyó lo que aquel miserable quiso decirle y tan buena maña se dió, que el sacerdote se marchó convencido de que estaba muy grave.

Al otro día, desde muy de mañana, en la pobre bohardilla se notaba desusada limpieza. Una buena señora de la Parroquia, acudió, al enterarse de que un hombre iba a ser administrado, a preparar al Divino Señor el mejor recibimiento posible. Andando de puntillas para no turbar el reposo del fingido enfermo, aseó como pudo aquel antro donde la suciedad y el abandono hacían más horrible la miseria. Cubrió la mesa con blancas sabanillas que trajo de su casa, como también un Crucifijo y unos maceteros con lo que improvisó un pequeño altar;

preparó el lavamanos y la blanca toalla; cubrió con limpia colcha el pobrísimo lecho del que creía paciente y después de dirigir cariñosas palabras de consuelo a la mujer que, acurrucada cerca del camastro en que yacía *su hombre,* la miraba ir y venir con ojos entre asombrados y burlones, se fué, para volver acompañando al Divino Señor.

Poco después sonó la campanilla y el rechinar de la vieja escalera bajo los pies de los acompañantes que no eran numerosos: dos monaguillos, tres o cuatro devotas y un guardia de seguridad.

Los vecinos se asomaban a sus puertas. Unos se arrodillaban, otros permanecían en pie y con semblante hosco y alguno de éstos con la gorra calada hasta las orejas. Varias mujeres salían con velas encendidas; otras con sus pequeños en los brazos, algunos de los cuales lloraban asustados, y casi todas ellas, unas por devoción y otras movidas por la curiosidad, se sumaban al acompañamiento entrando en la bohardilla o apiñándose a la puerta de ella, empinándose para ver mejor aquella conmovedora escena.

El sacerdote entró con paso lento pronunciando las frases de ritual *Pax huic domui et omnibus habitántibus in ea* y se dirigió al altar improvisado, y momentos después al camastro del fingido enfermo.

La gente que se apiñaba en la pobre estancia, vió a aquel incorporarse y mirar con espantados ojos al sacerdote que se acercaba lentamente con la Sagrada Forma entre sus dedos diciendo: *Accipe, frater, viaticum corporis Domini nostri Jesuchcisti qui te*

custodiat ab hoste maligno et perduca in vitam eternam. Amén.

A estas palabras del sacerdote el pseudo-moribundo trata de abrir la boca..... y no puede; hace una mueca horrible, quiere hablar y advierte que ha perdido el uso de la palabra. De su garganta seca sale una especie de rugido de fiera, y al verle con los ojos desmesuradamente abiertos, el cabello erizado y las manos crispadas lanzarse del camastro como loco, la gente estremecida de horror huye, atropellándose por la escalera empinada y oscura; el guardia acude, y la mujer de aquel desventurado, comprendiendo el horror del terrible castigo, se arroja a los pies del sacerdote confesando su falta, mientras el desgraciado se revuelca en el suelo con bramidos de fiera. Y cuando al fin, el guardia le sujeta y le arroja en el camastro, rompe a llorar desesperadamente. Calmada aquella crisis, la piadosa señora que había preparado el altar para recibir al Señor, consoló como pudo a aquella gente, y la Hermandad de San Vicente de Paul, a quien les recomendó, socorrió durante muchos años al matrimonio, que dió pruebas de verdadero arrepentimiento y observó desde entonces intachable conducta, sin que Felipe recobrase el habla.

Cambios de residencia y azares de la suerte nos hicieron casi olvidar al pobre mudo, y cuando al cabo de mucho tiempo, al volver a Madrid preguntamos por él, nos dijeron que creían que había muerto y se decía que momentos antes de morir recobró el habla al recibir el Viático, exclamando con voz

clara y fuerte: «Gracias, Señor»; pero como todo el relato que antecede es rigurosamente cierto no nos atrevemos a afirmar esta última parte de él, que llegó a nuestros oídos sólo como un rumor, que no hemos tenido tiempo ni ocasión de comprobar.

A S. A. R. la Srma. Sra. Infanta Doña Paz.

¡HAGASE TU VOLUNTAD!

La casa solariega está de luto.

Hace apenas un año murió el señor de ella en una cacería, y el heredero de su nombre y riquezas está herido de muerte por una cruel enfermedad infantil.

Ya no alegra la casa con sus risas, ni corre y trisca como un corderillo, sacudiendo la cabecita rubia, ni la esconde en la falda de su madre, cuando algún amiguito le persigue, creyendo, el inocente, que tapando sus ojos y su cara, no necesita más para que no le vean; ya no monta el caballo de cartón, imaginando ser un bravo general, tocado con su airoso tricornio de papel y blandiendo su blanca manecita, aquel temible látigo, con el que repartía a diestro y siniestro, verdaderos palos de ciego; ya no abraza al Terranova, paciente compañero de sus juegos, que unas veces le sirvió de caballo, y otras de blanda almohada, cuando cansado de jugar el caprichoso niño le obligaba a tenderse en el suelo, y, abrazándose a él y confundiendo sus bellos rizos rubios con las lanas negrísimas del perro, se dormía sobre la

blanda alfombra, formando un cuadro encantador que su madre contemplaba extasiada, imponiendo silencio a todo el mundo, para que no turbaran aquel sueño inocente y apacible.

Entre las sedas y encajes de su camita, el niño, sumergido en pesado sopor, respira con trabajo. Su cutis delicado, que parece formado con hojas de camelia, está seco y ardiente. Sus labios entreabiertos, semejantes a dos hojas de rosa, están ahora resecos y abrasados por la fiebre; sus manitas de nácar, parecen aún más blancas sobre la colcha de raso azul, que a intervalos aprieta y arruga sin darse cuenta de ello; sus ojos tan azules y tan bellos, cerrados y con grandes ojeras de color de violeta.

Arrodillada al lado de la cuna una hermosa mujer, ajada por el insomnio, el llanto y el dolor, cuenta con mano temblorosa los latidos irregulares del corazón de aquel pequeño ser, alma de su alma, sin apartar de él su mirada ardorosa y extraviada, aspirando con avidez su aliento encendido por la fiebre, como se aspira el perfume de una rosa que por momentos se ve marchitar.

«Señor—reza la desgraciada madre—, no me quitéis al hijo de mi alma, que es todo mi consuelo, que es mi sola alegría, ¡tened piedad de mí! Enviadme otras pruebas, yo las recibiré de vuestra justa mano, y no protestaré. Abrazada a mi cruz subiré con bravura el áspero camino del Calvario, pero dejadme a mi hijo para que me dé fuerzas. ¡Virgen del Romeral, Patrona de mi tierra! Yo te ofrezco una estatua de oro del peso de mi hijo cuando cumpla veinte

años, si Tú me le conservas. ¿Para qué quiero yo mis inmensas riquezas si me falta mi niño? ¿Qué haría yo sin él? Muy lejos de aquí está Tu Santuario, en el que yo rezaba cuando niña con mi madre adorada, mas yo te ofrezco, cuando envíe mi voto, ir yo misma a entregarlo y hacer a pie la penosa jornada. ¿Aceptas, ¡madre mía!, la promesa que te hago por la salud de mi hijo? ¡Sí, la aceptas! Mi niño está mejor. Su pulso es ya más lento; van volviendo las rosas de su cara y se va enrojeciendo poco a poco su purísima boca... ¡Gracias, Virgen Santísima!...

Así la pobre madre desahogaba su pena, y entre rezos y lágrimas, y suspiros y votos, rendida del cansancio de tantas noches de velar y llorar, el sueño la venció poquito a poco, y, apoyada la frente en la almohada del niño, se durmió la infeliz, ¡que Dios nos manda el sueño, imagen de la muerte, y el olvido, para calmar un poco los dolores del alma y dar espacio al corazón herido a reponerse de un golpe para recibir otro!



Se terminó la fiesta religiosa en el hermoso templo. Aun vaga en el espacio el eco de la voz majestuosa del órgano, y aun se percibe el olor del incienso. Los concurrentes, casi todos modestos aldeanos, se retiran; viejecillas devotas se acercan, poco a poco, arrastrando los pies, al altar mayor, donde aparece, rodeado de luces y de flores, el espléndido

ex-voto; una imagen de oro que contemplan largo rato con ojos asombrados. Y después de doblar la rodilla y santiguarse respetuosamente, van desfilando hablando unas con otras al oído, comentando el suceso de aquella hermosa fiesta que ha ofrecido a la Virgen una noble señora que ya nadie conoce en su país, del que siendo casi una niña se alejó. Arrodillada en un reclinatorio, rendida de fatiga por el largo viaje que ha efectuado a pie en penosas jornadas, la madre llora y reza. Pide a la Virgen por el hijo ausente, el mozo que ha cumplido los veinte años, y hace ya cerca de uno se apartó de su madre, que no sabe de él. Jugador, pendenciero y disoluto, sordo a los ruegos y amonestaciones de la que le dió el ser, acabó por fugarse de su casa, ¡quién sabe lo que hará!, «Virgen del Romeral, sollozaba la madre, que yo sepa de él.» A los pocos momentos interrumpe el silencio del Santuario el áspero redoble de un tambor y la voz de un pregón. Sin darse cuenta, la madre presta oído. Es la sentencia de un criminal acusado en rebeldía por asesinato. El pregón da sus señas y, por último, un nombre... ¡el de su hijo!, y, con un grito horrible y estridente, salido de su alma desgarrada, cae la infeliz, rebotando su cabeza en las losas del suelo...

***

¡Y despertó! De su cabeza herida sale sangre, que hilo a hilo, resbala por su cara. En aquel sueño horrible hizo, sin duda, un brusco movimiento, y su

frente, al chocar con los hierros de la cama del niño, se hirió... pero ¿qué importa? ¡Todo fué un sueño! Allí está el ángel bello, más hermoso que nunca; se sonríe como deben sonreir los querubines. «¡Qué lindo es el hijo de mi alma», y se inclina frenética a besarle..., y ¡se separa loca de terror! El pequeño está helado con el frío espantoso de la muerte. Rígida, con los ojos muy abiertos, tenazmente clavados en el niño; la garganta apretada, sin poder articular ni un solo grito, y las manos crispadas, agarrando los hierros de la cuna, la pobre madre cree volverse loca. En aquel mismo instante, se oye bajo el balcón el ruido de un tambor y la voz de un pregón. Entonces la infeliz se acuerda de su sueño y del pregón que oyó en él, ¡ay!, ¡tal vez era un aviso del Cielo!, y reaccionada, súbitamente, cae de rodillas junto a su niño muerto, y llenándo de lágrimas y besos sus manitas heladas, hunde el rostro en la almohada de su hijito y solloza amargamente un larguísimo rato; después, levantando la cabeza, mira amorosa, intensa, largamente, el rostro sonriente de aquel niño que era todo su encanto, y volviendo los ojos hacia el Cielo y cruzando las manos, exclama resignada:

«¡Hágase vuestra santa voluntad!»

¡ME QUIERO CASAR!

—¡Señor Cura, señor Cura!

—¿Qué hay, mujer? ¿Qué algarabía es esa?

—Es el tío Zurrones que quiere hablar con su merced.

En efecto, el estrépito armado a la puerta de la casa parroquial del pueblo de Gordejuela de la Oliva, era espantoso. Sartenes, cazos, almireces, cacerolas... toda una batería de cocina, amén de tres o cuatro cencerros y hasta una collera de gruesos cascabeles, repicado, movido y golpeado con espantosa furia por las forzudas manos de los mozos del pueblo, producía un ruido capaz de romper el tímpano al San Pedro de piedra que en medio de la plaza parecía guardar la puerta de la Iglesia y que señalando al cielo con la siniestra mano, apretaba con la diestra, contra el duro pecho, unas llaves tan grandes que pudieran, en un caso apurado, servirle de rompe cabezas, aunque estas fuesen tan duras como la de los habitantes de aquel lugar.

Pasó el tío Zurrones al despacho del Cura, seguido

de tres o cuatro viejos y de otras tantas viejas, que quedaron un poco rezagadas en el umbral de la puerta, a donde no llegaba la luz del modesto quinqué de petróleo que, colocado sobre la mesa, alumbraba la estancia.

El tío Zurrones, llamado así por la doble joroba que ostentaba en el pecho y la espalda, a modo de Polichinela o Cuasimodo, era un vejete de casi ochenta años, pequeño, esmirriadillo, sucio y zambo de ambas piernas. Sus ojillos redondos, brillantes y negrísimos, relucían bajo las cejas, de un blanco amarillento, como el pelo que le caía en lacios mechones sobre las orejazas adornadas en sus concavidades con cerdas parecidas a manojos de sarmientos.

—¿Qué pasa, tío Zurrones? ¿Qué se le ofrece a usted?

—Señor Cura... ¡que me quiero casar!

—¡Usted!.. ¡Jinojo!... ¿Y quién es la *agraciada?*

—Pues... la tía Morruda; místela su mercé.

Y volviéndose hacia la puerta, donde el grupo de mujeres esperaba, tomó a una de la mano y avanzó resueltamente hacia la mesa del señor cura.

Este, empujando suavemente la pantalla y quedando en la sombra, proyectó la luz del quinqué sobre la figura recia y fuerte de la *agraciada*, que con las manos grandes, callosas, renegridas, muy abiertas y apoyadas en las amplias caderas, afrontaba resuelta la inspección.

Era una mujer «con cuatro deos sobre la marca» como decía el estanquero, sargento de caballería retirado. Muy morena, el mentón muy prominente

y de labios muy gruesos. El pelo completamente blanco, tan peinado sobre la estrecha frente que parecía planchado con brillo, formaba rudísimo contraste con las cejas muy negras, espesas y cerdosas. La nariz ancha, roja y un poco remangada; la expresión, insolente y atrevida.

—Bueno, mujer, ¿y usted qué dice?

Yo, señor Cura... ¿qué quiere su mercé que diga? Ya nos lo imos dicho tóo antes de venir.

—Pero ¿lo han pensado ustedes bien?—dijo el Cura con un poco de chunga.—Ya saben que es por toda la vida, que el matrimonio es indisoluble...

—Ya sé que es insalubre—contestó la Morruda—, pero éste se ha empeñao...

—Está bien, está bien. ¿Y cuándo quieren que les case?

—Cuanto antes, señor Cura—dijo impaciente el novio.

—Bueno. Hoy es sábado, mañana puede ser la primera proclama. Ahora buscaremos las partidas de bautismo. Son naturales de aquí los dos, ¿verdad?

—No, señor, señor Cura; yo he nacido en el pueblo, pero natural... ¡no! Soy hija de legítimo matrimonio, y mis padres...

—Bueno, mujer, ya estamos en eso. ¿Nombre?...

—Baltasara Combé.

—Ah, ¿vas a enseñarme ahora ortografía?

—Yo no sé lo que es eso... Mi apellido es Combé, como mi padre.

—Ah, vamos, sí... ¿Edad?...

—Pues tendré... tendré tres duros.

—¿Sesenta años? A ver, Faustina, al sacristán que baje el libro de nacimientos del año... tal.

A poco rato llega el sacristán con un grueso volumen que el señor Cura hojea y poco después dice:

—Aquí no existe esa partida. Se habrá usted equivocado y no tendrá usted esos años.

—Yo no sé... A caso tenga sesenta y dos... sesenta tres... tal vez sesenta y cuatro.

—Anda, Ciriaco, trae los libros de los años tal y tal.

Nuevo viaje del sacristán, nuevos hojeos del señor Cura y nuevo desencanto. La partida tampoco estaba allí.

—Mire usted—dice el párroco algo escamado ya, yo no tengo mi tiempo para perderlo así. Procure usted recordar fijamente su edad, porque desde este momento, cada libro que registremos la va a costar a usted dos pesetitas. Sin esa condición no busco más..... Sesenta y cinco años, libro tal... folio tal...

—Mujer—dice tímidamente el tío Zurrones,—puée que tengas más...

Al fín, tras nuevas vacilaciones de la tía Morruda y nuevos escrutinios, pareció la partida por la que pudo comprobarse que la *agraciada* tenía setenta y cinco años.

Tomada nota y arreglado el asunto de las amonestaciones, la primera de las cuales se leería en la Misa del día siguiente, los novios y su acompañamiento salieron de la casa parroquial, repitiéndose a su salida el estruendo que les sirvió de anuncio, aumentado con estridentes silbidos que algunos mozos,

acostumbrados al pastoreo, producian metiéndose los dedos en la boca, y que se oía a dos leguas a la redonda.

***

Al otro día, y a la misma hora próximamente, el tío Zurrones, con parecido acompañamiento, volvía a presentarse en el despacho del señor Cura.

—¡Señor Cura!....

—¿Qué quiere, tío Zurrones?

—Pues me quiero casar.

—Bueno, hombre, ya lo sé, ya me lo has dicho ayer..., pero esto me demuestra que hoy no has estado en Misa, y eso está muy mal hecho. Es día de precepto, y si hubieses cumplido con esa obligación hubieses escuchado la proclama.

—Sí, señor, si ya he estado, pero...

—Pero ¿qué? ¡Acaba hombre!

—Pero no quiero ya a la tía Morruda, si no a ésta.

Y llevó casi arrastras, ante el asombrado párroco, a otra mujer, que como la Morruda en la noche anterior, había permanecido en lo oscuro, al umbral de la puerta, durante el diálogo anterior.

La viejecilla, pequeña, muy relimpia, se resistía ruborosa y turbada, y cuando la luz del quinqué se proyectó sobre ella, como la noche antes se había proyectado sobre su rival, se cubrió el rostro con las manos y trató de esquivar su cuerpecillo a las miradas atónitas del Cura. Pero éste había socorrido

muchas veces a su pobre feligresa y reconoció pronto aquella frágil figurilla, aquellos ribeteados ojillos claros e inexpresivos, aquella boca desdentada, de labios finos y siempre sonrientes, que parecía una hendidura, aquella cara blanca y sonrosada y aquel moñito de pelo plateado y brillante.

—¡Tía Melindres!, pero ¿es usted?

—Yo mesma, si señor, dijo la pobrecilla, descubriéndose el rostro, y, cogiendo una punta de su delantal, empezó a retorcerlo entre sus dedos largos y amarillentos como velas de cera.

—¿Pero ustedes no saben que no puede ser?, ¿que estando amonestado el tío Zurrones hay un impedimento?

—No señor, no, yo no sabía nada, gimió la viejecita, con los claros ojillos obstinadamente fijos en el suelo. Su mercé es muy bueno para todos los pobres y las pobras del pueblo. Yo le estoy mu agradecida por todos los sacrilegios que su mercé ha hecho por mí y...

—No, mujer, yo no he hecho *sacrilegios*, ni siquiera *sacrificios*, que es lo que quieres decir, pero es un mal negocio esto que me pedís.

—¿Y no se puede arreglar, señor Cura?, preguntó ansiosamente el tío Zurrones.

—Hombre, si la Morruda se conforma..., ¡anda, vete a llamarla!

—¿Yo...? No, señor, yo no voy, dijo el viejo aterrado.

—¡Toma, pues iré yo!, exclamó ya harto el párroco. Anda, márchate pronto y no chochees más.

—No señor, que me quiero casar con ésta, ¡ea!...

—Faustina, gritó el bondadoso Cura, dí a Ciriaco que venga aquí enseguida.

—Mande usted, señor, dijo solícito el sacristán mayor acudiendo a las voces.

—Mira, el tío Zurrones ha cambiado de modo de pensar...

—Ya lo se, señor Cura, me lo dijo al entrar, y yo dije: «que mudado está el hilo», como dice en latín su mercé (1).

—Bueno, pues vete a escape a buscar a la tía Morruda...

—¡A la tía Morruda!, yo no voy, señor.

—¿Que no? ¿Cómo se entiende?

—No, señor; que es capaz...

—Yo si que soy capaz de dejarte sin sacristía, ¡oiga!, yo pago los criados para que me obedezcan y me sirvan, ¿estamos?

—Bueno, señor, iré, pero...

—No hay pero ni camuesa, ¡pues no faltaba más!

A los pocos momentos hizo su entrada casi triunfal la tía Morruda, balanceando las amplias caderazas, moviendo los refajos con aquel contoneo y mirando despreciativamente a la asustada tía Melindres que, por instinto, se había arrimado a la pared en la sombra.

—Mire usted, tía Morruda, dijo el párroco, el tío Zurrones parece que ha pensado mejor lo de anoche y no se casa.

(1) Cuantus mutatus ab illo.

—Oiga usté, señor Cura, ¿sabe usté por qué es eso? Porque anoche entró en casa el tío *Espantagurriones*, y este mandria encelao, ha tragao más meneno que paja dan por mil riales.

—Será por lo que sea, pero ya no te quiero, gritó el tío Zurrones con su voz atiplada, poniéndose en puntillas y echando atrás la cabeza, como para alcanzar mejor a la brava Morruda.

—¿Que no me quieres? ¡Eso pa el gato! Soy yo quien no te quiere a tí por baldío, espritao y chumpao de las brujas.

—Bueno, bueno; haya paz, interrumpió el buen Cura. No se quieren los dos, todos somos testigos, y por lo tanto, no hay nada de lo dicho.

—Sí, señor, me haré cuenta que le han comío las pulgas, que no tendrían mucho que comer, y que las aproveche. ¡Cara espumadera, bocaza, que si ríes parece un melón encentao!

Al salir la Morruda se echó atrás aterrada la Melindres, y aquélla, volviendo atrás la cabeza, soltó un ¡puá! muy sonoro haciendo que escupía, y traspuso el umbral con su paso firme y hombruno. Pero a poco una piedra, un peñasco más bien, lanzado de la calle, vino a caer entre los concurrentes, que milagrosamente resultaron ilesos.

....

Y un mes después, salía de la iglesia el cortejo nupcial.

La tía Melindres muy ruborosa y pudibunda, muy aseada y compuesta; el tío Zurrones, tapando con la

amplia capa, las imperfecciones de su menguado cuerpo.

Delante de ellos un atrevido mozo les incensaba con un puchero, dentro del cual ardían unos carbones, en los cuales echaba el zagalón pelos de gato, pimentón y un sin fin de porquerías que producían un humo nauseabundo de intolerable hedor. El cortejo, y los novios sobre todo, soportaban *la ofrenda* pacientemente. La pobre tía Melindres iba medio asfixiada, y tres o cuatro veces se tuvo que apoyar en la joroba del que ya era su marido para no caer al suelo.

Por fin, y entre la gresca y algazara de la más estupenda cencerrada que escucharon las gentes, llegaron a su casa los novios y se sentaron con sus convidados a la limpia mesa, presidida por el párroco, donde se les sirvió el desayuno, preparado por un par de comadres mientras se celebraba el casamiento.

Y entre bizcocho y mostachón, el Cura dirigió la palabra al recién casado, y le preguntó, alegre y expansivo:

—Diga usted, tío Zurrones, ¿cómo le entró a usted la gana de casarse?... ¿para qué?

Y el tío Zurrones, engullendo la sopa que tenía en la boca y limpiándose con el dorso de la mano el chocolate que le goteaba por las comisuras de los labios, contestó:

Pues... *¡para que me lavaran el remudo!*

UN INGRATO A LA CIENCIA

Don Homobono Cabezudo, era un excelente sujeto, abogado por más señas, chapado a la antigua, de porte quijotesco en cuanto a su figura enjuta y poblados bigotes, y en cuyo cerebro abundaban originalísimas ideas, que bien pudiéramos calificar de manías.

Una de las más originales ideas de mi amigo Cabezudo, era su adversión a los médicos.

Su mejor amigo, D. Reducindo Jarope era precisamente uno de los doctores más acreditados y sabios que ilustraban las salas de San Carlos.

Un día según costumbre inveterada, fué a ver a su constante amigo Cabezudo, y al subir la escalera se encontró a éste con un rifle echado a la cara y en aptitud de dispararle.

—¿Pero hombre de Dios, qué mosca te ha picado? (¡Cuerno! ¿si se habrá vuelto loco?)

—No hay mosca ni mosquito; hoy estoy enfermo y no consiento que médico alguno entre en esta casa.

—Pero Homobono, dice el pobre doctor ya más tranquilo; eso es lo mismo que si yo dijera que tengo un pleito del que no quiero hablar a ningún abo-

gado, porque yo con mi ciencia infusa, conocimiento profundo que saqué del seno de mi madre, de la legislación vigente y de la que *vigió* y la que ha de *vigir*, con la de todos los mundos conocidos, sé que tengo derecho a que mi asunto no salga torcido.

—Nada; no me vengas con cuentos—replica el enfurecido Cabezudo, sin bajar el rifle—, o te vas, o te mato. Uno de los dos ha de morir: si subes y te acierto, tú; si te escucho y te obedezco, yo. ¡He dicho que te vayas! no quiero que me pase lo que al del cuento de la garrapata.

—¿Y qué cuento es ese de la garrapata?

—Si te vuelves de espaldas y no das un paso más, te lo cuento; pero enseguidita, vete.

—Cuenta, hombre, cuenta—dice el pacífico Jarope, sentándose tranquilamente en un peldaño de la escalera, para dar tiempo a que pase el chubasco.

—Pues señor, *érase que se era* un pueblo de la Mancha; en él había un hombre de bien que tenía un oído malo, y llamó a un demonio en figura de médico, que casi todos los médicos tenéis fachas de demonios. El tal médico tenía un hijo, estudiante de la Facultad, que pasaba las vacaciones en el pueblo y solía visitar por su padre cuando éste estaba enfermo, que también a vosotros, a Dios gracias, os dán enfermedades como a cada hijo de vecino. Pues como iba diciendo, el médico oyó al paciente, le llevó a la luz, cerró un ojo, abrió el otro, apretó los labios, miró y remiró el oído, y al fin de tanto aspaviento, y dando al enfermo esperanza de curar de su horrible mal en dos semanas, recetó un mejunje

en latín, parecido a aquel *Aqua de fonte destilata,* que era, después de todo, agua fresca del pozo, que el boticario, cómplice y encubridor de la mitad de las muertes ocurridas, y las dos terceras partes de la otra mitad, se hace pagar a peso de oro, El pobre enfermo pagó su agua de pozo, como si fuese agua de perlas, y provisto de su correspondiente geringuilla, comenzó a geringarse diariamente, con la mayor gravedad y confianza, esperando inútilmente el prometido alivio.

Al fin, Dios quiso enviar al doctor asesino un soberbio *trancazo,* a pesar del refrán que dice que castiga *sin palo* ni piedra, y entre toses y estornudos llamó a su hijo y le dijo:

—Mira, hijo mío; ahí tienes la lista de mis visitas; los enfermos te dirán lo que tienen porque no estoy de humor de explicaciones; coge y vete a verlos por mí y que Dios te la depare buena.

El jóven se marchó y visitó el primero al enfermo del oído, que daba unos gritos que se hundía la casa y le oían los sordos; reconoció la oreja, pidió unas pinzas, y extrajo de allí una enorme garrapata, con lo cual y unos pañitos de aceite de almendras, quedó el enfermo sano como una manzana y alegre como una pandereta.

Volvió mi estudiante a casa de su padre y al darle cuenta de sus visitas, le dijo:

—Padre: he visto también a D. Fulano de Tal.

—¿Y qué, hijo? ¿y qué?

—Le he reconocido la oreja y he visto lo que tenía, y por cierto que usted...

—¡Qué! ¿qué dices? ¡que yo...—balbuceó el viejo ya alarmado.

—Usted, padre, había equivocado el mal, porque todo ello no era más que una simple garrapata adherida a la piel...

—¿Y la sacaste, dí? ¿la sacaste?—gritó irritado el padre, agarrando un garrote que a su cabecera ponía por precaución.

—Sí, padre, la saqué y está curado.

—¡Ah bárbaro, más que bárbaro! ¿y de donde saco yo ahora el dinero que me gastas?—dijo, descargando sobre el pobre muchacho un diluvio de palos. ¡Hace un mes que yo la había visto y la dejaba comer tranquilamente, ya que ella me daba también el pan de cada día! ¡Treinta visitas; treinta pesetas! ¡y yo que pensaba sacar aún otras treinta! ¡pedazo de alcornoque!

—Así sois todos los médicos, amigo Reducindo, y hasta que me haya curado no te recibo ni en forma de moneda de cinco duros.

El buen D. Homobono padecía una enfermedad del pulmón que le hacía arrojar sangre a borbotones, y como había oído decir que para la hemorragia hielo, y a pesar de sus odios a los médicos, había leído, por lo menos a Mata, en su Medicina legal, trataba de curarse por sí solo, y se atracaba de sorbetes y se aplicaba vinagre por todas partes, bebiéndolo como agua, persuadido de que el remedio era eficaz y que él sabía más que todo el protomedicato.

Con tal tratamiento el mal se agravó en términos que fué preciso confesar al pobre Cabezudo; el sa-

cerdote, después de oir la humilde confesión que de sus culpas hizo, quiso hablarle de viático y empezó así:

Ahora, amigo mío, como médico espiritual que soy, voy a propinarle la mejor medicina que para el cuerpo y el alma...

—¡Médico! ¡medicina!—rugió Homobono, incorporándose trabajosamente en su lecho, y echando chispas por los ojos—¡váyase usted, señor cura! ¡váyase usted o acabaremos mal! Ustedes quieren asesinarme y aquí no hay más que yo que me saque la garrapata.

El buen sacerdote quedó tan atónito como conmovido y salió de la habitación con un dedo apoyado en la frente, para indicar que el pobre Cabezudo comenzaba a delirar.

Al fin, D. Reducindo, perdido el miedo al rifle, que las ya débiles manos de su amigo no podían sostener, fué a casa del enfermo, aunque a escondidas, le reconoció mientras dormía, y de acuerdo con la paciente mujer de Cabezudo, le administró las medicinas necesarias, engañándole como a un niño y propinándoselas hasta en los alimentos.

Sanó D. Homobono por la gracia de Dios y la ciencia de Jarope, y éste y la mujer de aquél le contaron la estratagema a la cual debía, a no dudar, su salud.

—¡Ah diantre! ¡medicina del infierno! ¡por eso he tardado tanto en ponerme bueno!—fué todo lo que se le ocurrió al buen D. Homobono para dar las gracias.

A MI CANARIO

—Inocente prisionero, ¿por qué no alegras mi triste casa con tus gorgeos delicados? ¿Por qué te veo triste y caído en tu linda jaulita, si antes eras la alegría del bosque y el dulce cantor de las selvas? ¿Qué tienes, dí?

—¡Ay, tú lo has dicho que soy prisionero!

—Prisionero, sí; mas prisionero de amor. Tú sabes que yo te quiero. ¿No te agrada tu jaula tan bonita?

—¡Cárcel de oro, pero cárcel al fin!

—¿No la adorno yo, para alegrarte, de hojitas de lechuga que te rodean como collar de esmeraldas?

—¡Ay, más verdes son las hojas del lentisco en el bosque!

—¿No te doy alimento delicado, dorado alpiste y pequeños cañamones, que yo misma trituro y te ofrezco en mis labios para hacerte más fácil y agradable el placer de comerlos?

—¡Más placer hallaba en escarbar con mis patitas la arena para hallar allí un pequeño grano de dorado trigo, o la semilla deliciosa de alguna planta.

—¡Mira que lindo es el vaso de ágata donde tienes el agua fresca y pura con que refrescas tu piquito argentino!

—¡Ay, más fresca y más pura es la onda cristalina del arroyo que corre al pie del sicomoro que cobija mi nido, más delicia hallaba yo en mojar en sus aguas mis plumitas de seda, que después parecían cuajadas de topacios!

—¿No procuro alegrar tu cautiverio con las más delicadas melodías que arranco al piano sólo por tí, que gustas de la música?

—¡Más melodioso es el suave susurrar de las verdes cañas, mecidas por la brisa de la tarde, y el canto del arroyo que se desata en lluvia de cristal sobre las blancas piedrecillas que le sirven de lecho!

—¿No tienes un bonito aro de oro en que mecerte como en las ramas de tu bosque?, ¿no te llevo al jardín para alegrarte y pongo tu jaulita como bajo un dosel entre las campanillas azules que bordan mi ventana? ¿Qué te falta, dí?

—¡La libertad!

—¡La libertad!... Yo ceñiré tu pequeña garganta con un collar de perlas, que tú desharás después con tu piquito.

—¡Ay, que mejor yo quisiera deshacer las estrellitas de oro con que borda el jaramago el borde de mi arroyo!

—¿No te dan pena mis lágrimas?

—¿Quién tuvo pena de mí al robarme mi libertad querida?

—¿No tienes mis caricias? ¿No te gustan mis be-

sos que tan tristemente los recibes en tu piquito de oro sin aletear de placer?

—¡Ay, tus caricias me añoran mi nidito de amores, donde pía impaciente y muere de pena mi triste compañera!

—Prisionero querido, no digas más. Si amas, comprendo tus dolores. Tú amarías tu cárcel, aunque no fuese de oro, si en ella tuvieras a tu amor; tú amas tu libertad, aun con riesgos de muerte, porque en tu libertad le hallas a él. Ya está abierta tu jaula, vuela a ser feliz; pero antes deja que bese tu linda cabecita; que tus cantos eran mi dicha, y sin tí no habrá alegría en esta casa.

El precioso canario voló libre y feliz, llevando en vez del collar de perlas ofrecido, dos lágrimas ardientes que de los ojos de la triste niña cayeron al besarle, y que, resbalando sobre la suave pluma como gotas de santo rocío, cayeron en el cáliz de una blanca azucena, que cerró sus hojitas nacaradas para guardar mejor aquel tesoro de ternura, de amor, de abnegación y sacrificio.

